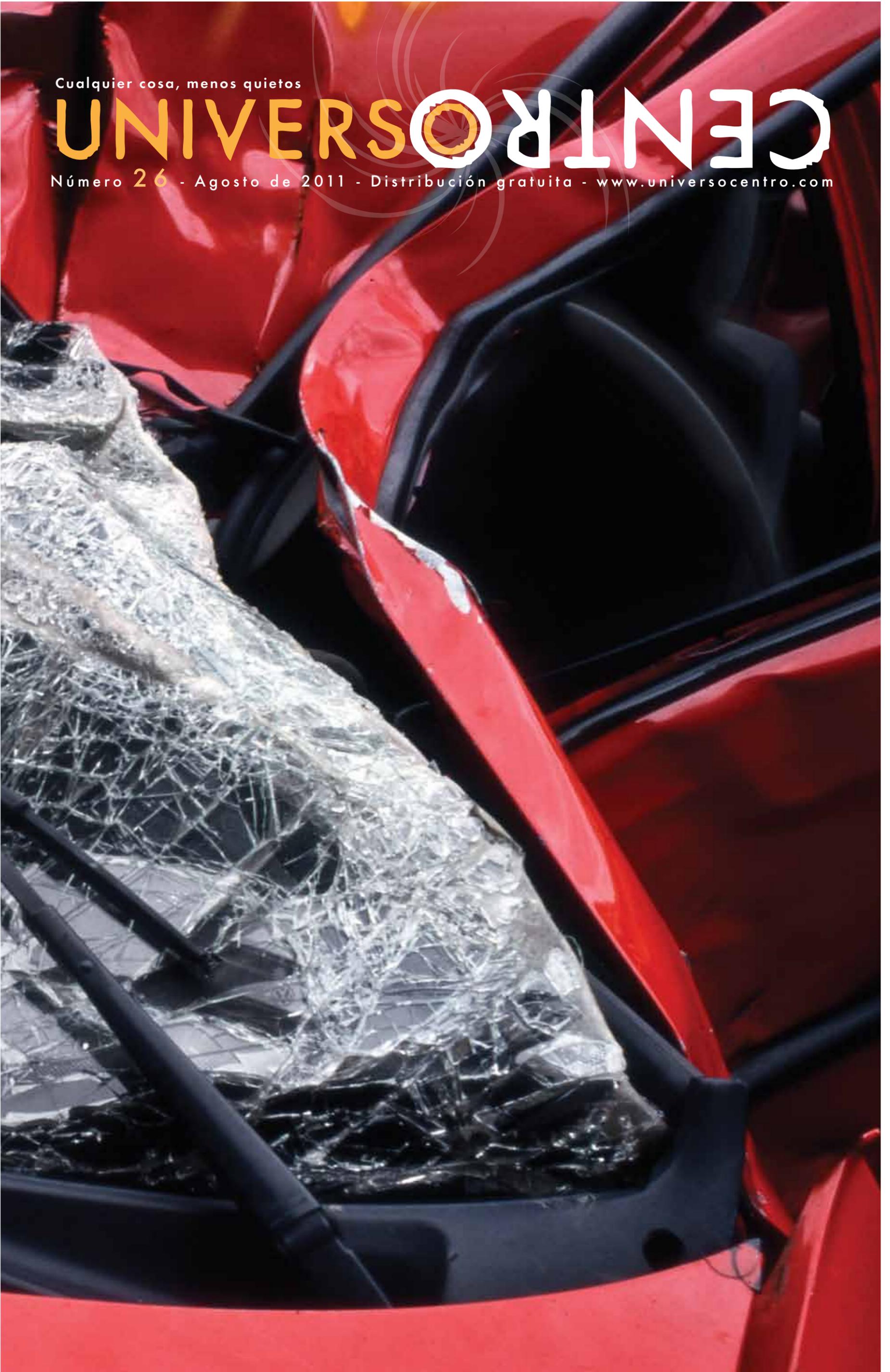


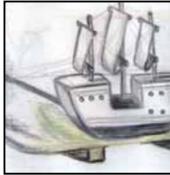
Cualquier cosa, menos quietos

UNIVERSO CENTRO

Número 26 - Agosto de 2011 - Distribución gratuita - www.universocentro.com



"Papá no suelta el bate"



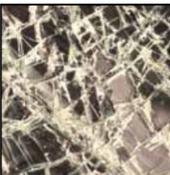
Confesiones detrás del mostrador



Vendedor ambulante



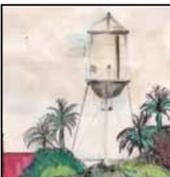
¿Ciudades para carros?



Las fiestas de San Juan



La dignidad postergada



Universo Centro
Publicación mensual
Dirección y fotografía
Juan Fernando Ospina
Comité editorial
Sergio Valencia
Fernando Mora
Pascual Gaviria
Guillermo Cardona
Corrección
Sergio Valencia y equipo UC
Diseño y diagramación
Lyda Estrada
Coordinación comercial
José Alejandro Zuluaga
Ramón Marulanda
Distribución
Érika y los Gustavos
Asistente
Érika Acero
Es una publicación de la
Corporación Universo Centro
Número 26 - Agosto 2011
15.000 ejemplares
Impreso en La Patria
universocentro@universocentro.com

Distribución gratuita

www.universocentro.com

Paranoia ambiente

Una cámara colgada de un poste no es más que un retoño natural. Hasta hace unos años esos ojos intrusos parecían una amenaza: la gente entraba tímida a los cajeros electrónicos, saludaba risueña a la entrada de los parqueaderos o puteaba con el dedo corazón al zombie que revisa la pantalla. Pero se han hecho tan ubicuas, tan frías y tan grises que hasta el mismo Orwell ahorraría sus piedras. En tiempos en los que el vicio de Internet es capaz de registrar nuestros gustos y nuestras perversiones; cuando antes de buscar un destino la máquina nos señala una ruta; en los días en que las bandas magnéticas se encargan de registrar el rastro de nuestros antojos, parece exagerado preocuparse por el registro de una caminata con afán, rumbo a la clase de cálculo.

Los últimos correteos en la Universidad de Antioquia tuvieron como objetivo unas cámaras de vigilancia en varios corredores del campus. Algunos estudiantes -eso suponemos- las arrancaron y las exhibieron como prueba del totalitarismo y el ambiente opresivo que se pretende imponer. En ocasiones es fácil sentirse libre rasgando un símbolo insignificante: los estudiantes enemigos de la vigilancia deberían pensar que las cámaras también pueden ser útiles para registrar los abusos de los policías; y tendrían que reconocer que la Universidad ha tenido episodios de violencia que ameritan un vistazo permanente sobre algunos lugares: violaciones a cargo de celadores, atracos deencapuchados, vandalismo como diversión. Los enardecidos alegaban que había cámaras en los baños, lo cual haría justificada la protesta y la rabia contra los guardias, convertidos en voyeristas que hacen honor a su empresa: Miro. Vale decir que no pudo encontrarse evidencia de esas cámaras.

En la U. de A., muchos de los inconformismos estudiantiles han terminado por enfocarse en reivindicaciones muy parecidas a las de los presos: quién maneja las puertas, cómo se comportan los guardianes (ESMAD), cuánto los vigilan las cámaras. El último eslabón de todos los problemas -policías y celadores- ha terminado por hacer algo infantiles y cruentas las rebeldías, que podrían ocuparse mejor. Hace poco, las declaraciones a El Tiempo de uno de los líderes de la protesta estudiantil en Chile mostraron que se puede hablar de algo más que los modales de los tombo. Pero hay una señal para el optimismo: la reforma a la ley 30 ha llevado la discusión hacia puntos con más

sustancia, además de que una reciente asamblea se ocupó del tema de las cámaras sin que fuera necesario cerrar los salones. Parece que los paranoicos y los capos de las ventas no tienen todo el control.



Hemos mencionado las grabaciones y eso nos lleva a una historia reciente de otra universidad en Medellín. Hace un mes la decana de la Facultad de Derecho de la Universidad Pontificia Bolivariana, María Cristina Gómez, fue invitada de manera cordial a dejar su silla. Llevaba tres años y medio intentando que la facultad discutiera las ideas que la Constitución de 1991 dejó caer sobre los códigos, los juzgados y los abogados del país. La inercia de los profesores eternos, el miedo de los guardias católicos y las reivindicaciones a la tradición que recién cumple 75 años vieron en los nuevos debates una amenaza terrible. La teoría de la conspiración - emparentada con la de algunos en la U. de A. - intuyó y difundió las intenciones de una "infiltrada" en las aulas sacrosantas. Convirtieron el asunto en un duelo moral: crearon una página apócrifa a nombre de la decana y desde ahí comenzó una pelea de susurros y desprestigio.

Las grabaciones tuvieron su papel. Algunos estudiantes grabaron a la decana en una reunión con el fin de encontrar palabras que pudieran comprometerla frente al rector. Antes, una profesora había sido grabada durante su clase, también por estudiantes, para hacer una tarea y tener pruebas para una especie de chantaje. Sus palabras en el salón impidieron una publicación en una revista de la facultad. La UPB no fue capaz de terminar su proceso de civilización. Es posible que logre pasar la acreditación pero perdió la prueba de fuego. No es fácil para quienes todavía creen en los herejes.

Queda claro que las grabaciones en ambientes íntimos de estudiantes y profesores, o el registro en el aula de clase, es un atentado contra todo lo que se espera de una universidad. Pero queda insinuado que la paranoia es la peor consejera a la hora de los debates universitarios. Los enemigos imaginarios pueden convertir las discusiones en oraldas y los desacuerdos en pedreas. Los alumnos deberían pensar que el más grande de los peligros es terminar como instrumento efectivo de los dogmáticos y los obsesos a lado y lado del espectro político. ●

Hombre de El Volador

Juan Carlos Orrego. Ilustración Jose Sanín

No ocurrió como cuando un geólogo sueco descubrió los restos molares del espécimen que habría de llamarse Hombre de Pekín; restos que en principio habían sido identificados con huesos de dragón por los lugareños chinos: esta vez, el botín osteológico no se reveló como un prodigio escondido en las entrañas de una comarca remota o en un mágico reino subterráneo. A diferencia de ello, el cerro del hallazgo estaba plantado con evidencia casi ofensiva frente a la oficina universitaria de su explorador (tan visible, la montaña, que Tomás Carrasquilla alguna vez pidió que se la cercenara como a una verruga indiscreta), y sus caminos ya habían sido recorridos mil veces por las botas de los guaqueos y de los amantes de los "paraísos artificiales". Nuestro arqueólogo, bohemio e irrigado por muchas sangres criollas, tampoco procedía de un linaje científico como el que ilustraba a Richard Leakey cuando buscaba restos de australopitecos en el lago Turkana, en Kenia.

Sea como fuere, de este modo o del otro, Gustavo Santos Vecino fue quien, en 1993, dio con los antiguos restos humanos que dormían bajo la tierra rojiza del cerro El Volador, eminencia que se levanta sobre el mismo ombligo —o punto cero— de Medellín. En tumbas de pozo con cámara lateral, cuyas bóvedas de barro fueron labradas con la idea de que replicaran el techo pajizo del cálido hogar, los pretéritos pobladores de este pedazo del Aburrá sepultaron a varios de sus congéneres, cuyos huesos, casi en migajas y vestidos con cenizas (algunos de ellos abandonados hace 16 siglos en la que se creyó última morada), lograron asomarse a la vida citadina en las propias goteras del siglo XXI.

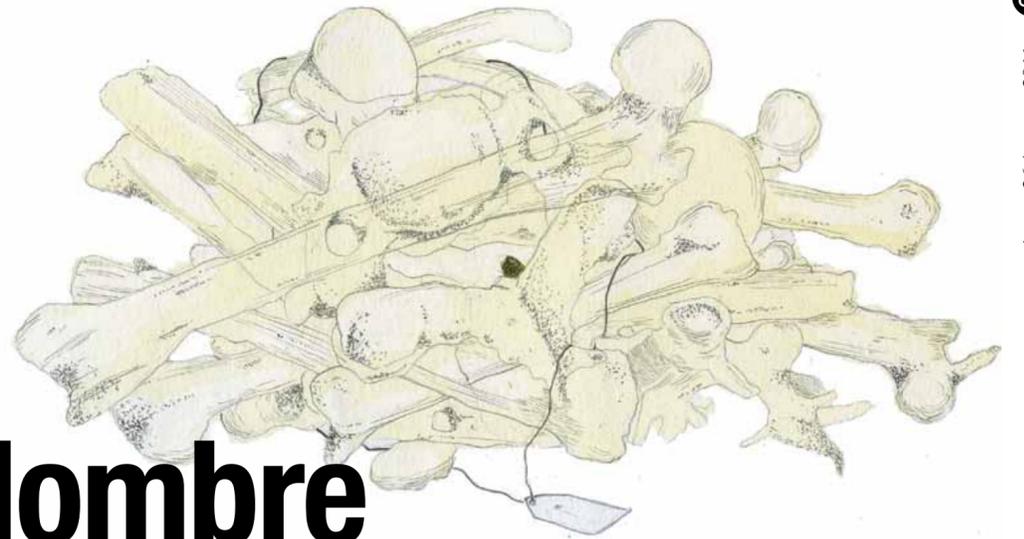
La naturaleza presumiblemente sagrada del sitio del hallazgo, tanto como el apellido del arqueólogo, habrían per-

mitido la broma de usar, por segunda vez, el nombre que se dio a un famoso yacimiento antropológico europeo: La Chapelle-aux-Saints. Pero Santos, de suyo hosco, no fue más allá de la clásica metáfora de las "viviendas de los muertos" y eligió sustantivos flacos y adjetivos técnicos en su informe, donde habló de "estructuras funerarias" y "restos óseos". Ni siquiera se dejó impresionar por el hallazgo, en la misma zona, de una réplica en pequeña escala —pero en rutilante oro— de una mantis religiosa; el investigador dejó a un lado ensoñaciones macondianas y fijó de modo sobrio la historia más antigua de la comarca en que hoy se levanta la Universidad Nacional y la embotelladora de Coca-Cola: "De los restos óseos humanos fue posible identificar principalmente las coronas de las piezas dentales. También se identificaron algunos fragmentos de huesos largos y planos, y un fragmento de vértebra. Casi todos los restos humanos se hallaron calcinados. El análisis de estos restos mostró que una tumba [...] contenía un entierro colectivo de (por lo menos) seis adultos y dos niños de aproximadamente siete años de edad". Aunque parecían las palabras de un expediente judicial de los actuales tiempos de verdades (crudas) y reparaciones (ínútiles), en este caso no había ni el menor riesgo de que aparecieran casquillos de bala en la muestra.

Con independencia del mucho o nulo *indianojanesismo* de las investigaciones de El Volador y de la pompa o soledad verbal de su divulgador, gracias a la página legendaria que solo dan los siglos y al prestigio conferido por el roce con las herramientas del romántico oficio arqueológico —hay quien habla, por ejemplo, del "palustre de oro"—, los restos sembrados en el cerro son —o deberían ser— otros más entre los objetos cálidos y simpáticos que dan cuerpo a la conciencia histórica del medellinense con-

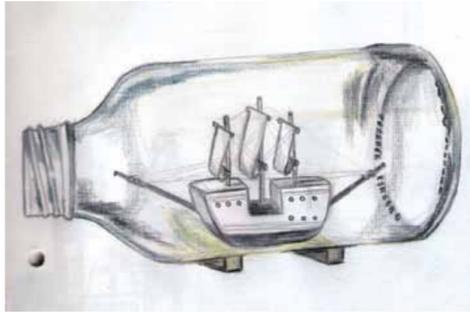
temporáneo. Para que la oportunidad no quede en el aire, los arqueólogos de hoy —alumnos todos del Santos científico— se preparan para dar a conocer los nuevos descubrimientos de esta interminable novela prehispánica: de acuerdo con pesquisas recientes, es posible que el antiguo Hombre de El Volador hubiera construido un largo túnel cerca de la cima del cerro. Ante los primeros trabajos de despeje en la amplia abertura que se antoja como su boca —un redondeo de poco menos de un metro y medio de diámetro—, las especulaciones más tentadoras ya se dejan escuchar: alguien —sabio, vagabundo o visionario— ha dicho que el pasadizo caía hasta el actual San Germán. Parecidas historias se cuentan para El Picacho y el Cerro Nutibara, donde algunos curiosos —incluso académicos— han creído ver vestigios de galerías antiguas. Eso, por no ir hasta Cusco, desde donde, según las leyendas, partía un túnel secreto que cruzaba los Andes. Descartando lo que haya de delirio, es claro que un enigma legítimo se erige en nuestro valle.

A nuestro protagonista arqueológico solo le falta un nombre que lo haga famoso en una Medellín harta de escándalos sórdidos y ávida de secretos valiosos. Aquí usamos, muy en broma, el de Hombre de El Volador. Con el mismo entusiasmo también podrían esgrimirse los de Hombre de la Mantis y Hombre del Túnel, si no es que la afilada plomada del punto cero sugiere una etiqueta más risueña o, incluso, obscena. En nombre del nombre pedimos un manifiesto que formalice el bautizo, antes de que el asunto caiga en las manos y mente sosas de la cultura oficialista o de los periódicos de parroquia. ●



“Papá no suelta el bate”

Fernando Mora Meléndez. Ilustración Verónica Velásquez



La arena de Varadero es blanca y refinada. Cuba podría hacer frente al embargo exportando este polvo preciso para hacer relojes. Lo malo es que ya no se hacen relojes de arena como en la época en que los corsarios merodeaban por la Isla. Entonces era frecuente ver barcos ingleses y españoles varados en la orilla y por eso es que la costa aún lleva ese nombre. Parece que el azul sereno de las aguas engañaba a los navegantes, quienes no se percataban de la poca profundidad y encajaban en esta dulce trampa.

Ya en el siglo XX, durante la dictadura de Fulgencio Batista, cuando La Habana era Pompeya, las playas tenían un sólo dueño, un francés de apellido Dupont; trece kilómetros para dorarse la barriga y beber daiquirí con las mulatas. Pero después de la revolución las playas pasaron a manos del pueblo que casi no tenía tiempo de veranear porque había mucha caña que cortar y muchos comités para coordinar. En los duros años del Período Especial, con el derrumbe de la Unión Soviética, la playa se abrió para el turis-

mo mundial y la arena blanca volvió a ser de los blancos. Entonces empezaron a venir muchos tíos españoles a dorarse la barriga y a beber daiquirí con las mulatas.

Vinieron tantos españoles que los cubanos terminaron por llamar Pepe a cualquier turista, así fuera de Chechenia o de Reykjavik. También por eso empezaron a llamarle PPG a uno de los productos más vendidos a los extranjeros. En un principio se vendía como un remedio contra el colesterol, luego se convirtió en el gran vigorizante sexual. De ahí la sonrisa maliciosa de los vendedores cuando te dicen: “Chico, ¿no te interesa una cajita de PPG?”.

Por temporadas Varadero es sólo playa y brisa. El sol anda ocupado en algún comité, que por algo ya no es el astro rey sino el compañero sol. Puede suceder que las gringas que vienen a solearse se queden con el bloqueador untado y parezca un desquite contra el otro Bloqueo. Entonces no queda más remedio que tomar cerveza Lagarto. Esta bebida, junto con los helados Copelia, son de las pocas cosas en Cuba que no llevan los nombres de los héroes nacionales. Nos late que sería una falta de respeto emborracharse con José Martíni o indigestarse con los soufflés del Chef Guevara. El sacrilegio Ron Cienfuegos se bebe, pero a cien millas de aquí. Algo curioso de los helados Copelia es su eslogan “Elige lo mejor”, y esta es la única marca estatal de helados que se vende en La Habana.

Con embargo, hay varias formas de matar el tiempo en Varadero. El que tenga con qué puede hacer un sobrevuelo a la costa en monomotor, a una velocidad de tres dólares por minuto. La peor suerte la llevan quienes tratan de hacer una siesta a la orilla porque esta podadora con alas pasa talando hasta el árbol de sus sueños.

Las olas suaves, a ritmo de bolero-son, permiten disfrutar de los deportes náuticos como el surfing, pasatiempo tan difícil de traducir al español como de ejercitar. Con todo y eso se cuenta la historia de un gusano feliz que practicó durante dos años y un día escapó bailando en su tablita hasta Miami.

Como no hay mucho que hacer en Varadero, un deporte popular es el llamado aboyeo, que consiste en quedarse suspendido en el agua como una boya y esperar que caiga el sol. Esto es acaso más posible que la caída de la dictadura del proletariado. “La sombra tutelar de Fidel todavía nos cubre” —dijo un ciudadano que prefirió no ser identificado. Fidel es el padre, el Che es el hijo y Cienfuegos, cuyo cadáver nunca apareció, es el espíritu santo. Pero el padre está vivo, muerto de risa y merendando, o como dicen algunos partidarios en la jerga del béisbol: “Papá no suelta el bate”.



Otros centros



Una mustia montaña

Pablo Montoya

laureles. Debo decir que, esta vez, cedí a la tentación del ruido para verla. Fue en París, hasta donde me llegaron los ecos de esa bulla, en un teatro Latina casi vacío, donde vi la celebrada Opera Prima. Confieso, igualmente, que salí con la sensación embarazosa de la pena ajena. Quizás porque es la horrible Colombia lo que se recrea allí, y se trata de ese país, el de la violencia, que tiene mucho que ver con lo que yo he escrito en algunos cuentos. No detallo las veces que quise esconderme en el asiento o de interrumpir el silencio en que transcurría la proyección para discutir con mi compañera la tramposa inocencia de los niños, la torpeza de la puesta en escena y esos modos de cortar la trama a partir de refundidos tan repetitivos que el ritmo de la narración, en vez de suscitar suspenso, deja sumido al vidente en una perplejidad mustia con pocos deseos de continuación. Todos los errores que aparecen en la película se deben, por supuesto, al trabajo del director. No es que sean, en rigor, problemas técnicos. Se trata, más bien, de un modo de concebir el cine y darle a una interesante idea narrativa su adecuada expresión. Por fortuna, ya no estamos en la época de *No Futuro* de Víctor Gaviria, cuando aceptábamos la estrechez económica con cierta resignación periférica, y también porque nos colmaban en cierta medida los hallazgos poéticos de la película y su modo turbador de otorgarle a ese gru-

po de muchachos extraviados un aire de desarraigo que encontrábamos en la palabra de Cioran. Lo que preocupa, en realidad, de una película como *Los colores de la montaña* es esa tendencia que se continúa una vez más —Victor Gaviria parece ser el profeta a seguir por las nuevas generaciones de cineastas colombianos—, y con resultados casi siempre calamitosos, de hacer cine con actores naturales. Porque lo que convierte a esta película en una experiencia de resultados incoloros es, justamente, la baja calidad de sus actores. Y esa carencia de profesionalismo de una dirección que hace que todo, en esta historia de la infancia sometida a la violencia, resulte de mentiras. Los niños no saben llorar y, por lo tanto, su ingenuidad es falsa. La profesora no sabe enseñar y, por lo tanto, su espíritu didáctico es lábil. Los guerrilleros, como fantasmas invisibles que surgen aquí y allá, no dejan de ser esos bandidos estereotipados por el amarillismo de la prensa y las malas telenovelas. Los padres del niño protagonista no saben reflejar el miedo y, por lo tanto, no creemos en la muerte del uno y en la huida del otro. Hasta los niños no se ven espontáneos cuando juegan fútbol. Y esos colores bucólicos que se dibujan en el muro de la escuela, y que reproducen el núcleo esperanzador en una realidad sin salidas, son tan mandados a hacer que tampoco convence el mensaje de paz y felicidad pueril, más propio de las

sentimentalistas campañas por la armonía colombiana cacareadas por Caracol y RCN, que de un director de cine audaz e independiente. Dicen algunos, en todo caso, que hay un buen guión capaz de sostener la película y tengo entendido que eso también se ha premiado aquí y allá. Pero es arduo hablar de un buen guión cuando éste se ve jalonado de lugares comunes y cuando aquella escuela símbolo de la paz no deja de ser la trillada escuela de doña Rita. La verdad es que hay una buena idea en *Los colores de la montaña*: la de mostrar la infancia rural antioqueña en medio de la intemperancia social. No obstante, se nota ampliamente que los que hicieron esta película no parecen haberse nutrido del buen cine que muestra niños en medio de la locura generalizada de una época. Hay tres ejemplos que bastarían, y sé que las comparaciones son odiosas, para desmontar las supuestas virtudes de una pálida película. *La infancia* de Iván de Tarkovski, *Las tortugas también vuelan* de Bahman Ghobadi y *El laberinto del fauno* de Guillermo del Toro. En ellas, desde lo onírico, lo real y lo fantástico, se ubica muy bien cómo transcurre la infancia en medio del horror y saben decir cómo la poesía de la imagen es lo que debe hacer del cine una experiencia estética inolvidable. Eso, justamente, es lo que le falta a la película de Arbeláez: poesía y modos ciertos para expresarla.

Los colores de la montaña, dicen los pregones de los medios, es la película más premiada en la historia del cine colombiano. No sé cuántos galardones ha obtenido, pero son suficientes para reconocer que algo extraño sucede con los criterios que recompensan en los festivales cinematográficos. Aunque tal extrañeza se explica con el recurrente interés amarillista del “primer mundo” por el trágico colorcito local nuestro. Ahora bien, dentro de esa pálida historia nacional, la película de Carlos César Arbeláez es también una de las más pródigas en manifestar defectos. Ellos son tan ostensibles que resulta inverosímil el peso de sus

sin hacer aspavientos,
sin históricas histerias,
sin dolores trascendentes
ni alegrías triunfales,
ligera, sólo ligera, sencillamente bella
o lo que así solemos llamar en la tierra.

Gabriel Celaya

www.confiar.coop Línea Confiable: 444 1020

Corporación Centro Plazarte
Centro Patrimonial de Desarrollo Cultural

Taller Sitio Estudio
Cra. 50 # 59-32, Prado-Centro - Medellín
tel. 5867719, cohetestudio@gmail.com

Taller Sitio - Plazarte es anfitrión del MDE11 y albergará hasta el 6 de septiembre al proyecto caleño Lugar a Dudas, gestado por el artista Oscar Muñoz, y a Proyectos Ultravioleta, de Guatemala, del 11 al 27 de octubre. También estará en su sede la residencia artística y cultural Proyecto Prado.

Teléfono: 586 77 19. Dirección: Cra. 50 # 59-32, Prado-Centro.

www.cohete.net

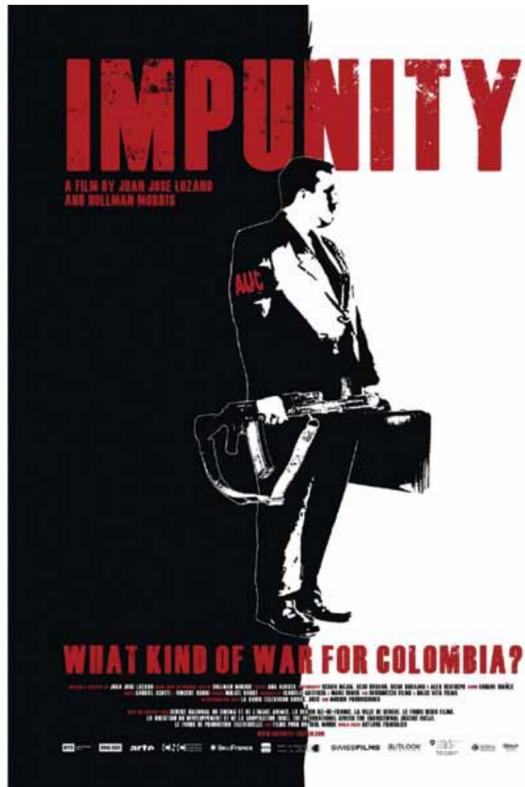
RESTAURANTE
Truchas y algo menos
del Eslabón Prendido

Calle 53 No. 42-55
☎ 239 3400

¡Trucha y cerveza para esta mesa!
Disfruta el verdadero sabor de la trucha acompañado del mejor sabor artesanal

Abierto de domingo a domingo
de 11:30 a.m. a 3:30 p.m.
domingos de 11:30 a.m. a 5:00 p.m.

CORDILLERAS
Cerveza artesanal que sabe



El matiz de Impunity

Andrés Colorado

calca en el documental, ofreció entre 5 y 8 años de cárcel por la verdad y ha terminado con el 98 % de los casos en la impunidad. A julio del 2010 solamente 960 familias habían recibido los restos de sus familiares, de un total de 48 mil desaparecidos.

No obstante, el día de la premier de Impunity en Medellín, en la sala del Teatro Lido, salió a la luz una posición que bien podría ubicarse en medio de los extremos en disputa. “Hay un balance que nosotros hacemos fuera de las leyes. Nosotros sentimos que la sociedad colombiana hoy todavía no abraza a sus víctimas”, dijo Hollman Morris el día de la presentación de Impunity en Bogotá, en el Teatro México de la Universidad Central; la tozuda realidad de la calle lo confirma cada día. Pero si el estreno del documental en la capital causó conmoción —más de 2.000 personas asistieron al evento, razón por la cual la Universidad Central decidió transmitir una segunda función y el Lido de Medellín tuvo un lleno total—, el matiz, avivado con la frase de Hollman, emerge en medio de la sala y, para desgracia de las víctimas, pocos lo perciben en la oscuridad del teatro.

En el exordio del documental, una mujer víctima del conflicto, tras recordar entre lágrimas cómo ella y su madre tuvieron que cargar, doce años atrás, el cuerpo y la cabeza de su hermano menor de edad decapitado por los paramilitares, dice: “¿Con qué se va a reparar esto? No hay con qué reparar”. Y agrega que no hay sicólogo ni psiquiatra que pueda curar la pena que se siente. Impunity avanza entre clímax y anticlímax, causas y efectos, exponiendo su tesis central con la juiciosa recopilación de las voces de las víctimas del paramilitarismo en los pueblos más recónditos del país; voces que exigen justicia y verdad, con las imágenes de las fosas comunes y los argumentos del sector político y judicial. Hasta que a la mitad de su transcurrir cobra brillo el matiz: una sicóloga del CTI aparece en escena explicándole a un par de mujeres —que piden asesoría para dar respuesta a las preguntas que un menor realiza en torno a la desaparición de su madre— que lo que se debe hacer es responder con la verdad, sin eufemismos. Acto seguido, recomienda echar mano de la sabiduría nuestra —haciendo alusión a las mujeres— para afrontar lo que podría llamarse el momento del dolor y de la pena, y decirle entonces, al menor, que su madre ha sido llamada por Dios para estar en el cielo, porque Él consideró que era una mujer buena, tanto, que la quería tener a su lado. Un murmullo, casi general, surge en la sala —abarrotada de estudiantes y profesionales de las ciencias sociales— tras la memorable actuación de la sicóloga. Pero no es suficiente para percibir en la oscuridad del teatro la revelación del matiz. Impunity llega al final con el relato de una mujer que recuperó el cadáver de su ser queri-

do, y es en ese momento del cierre, en el foro, que la sicóloga emerge nuevamente en la sala.

En medio de las continuas preguntas realizadas por los hombres asistentes a la premier, Hollman Morris pide la intervención de las mujeres y le recuerda al público que ellas son un subtexto en Impunity: es la madre, la hija, la sobrina, la cuñada víctima, la abogada, la juez... “¡La sicóloga!”, dice una mujer del público entre las risas de algunos de los presentes. Sí, la mujer es un subtexto que desde varias ópticas se suele relevar, y que está expuesto, en el caso de la literatura por ejemplo, en ese pueblo recóndito de la ficción: Macondo. Mas la sicóloga —he ahí el matiz— representa el rol social que los llamados científicos sociales están desempeñando en el país de las guerras, guerritas, batallas y batallitas. Pues con contadas excepciones —Morris es una de ellas—, sicólogos, sociólogos, antropólogos y trabajadores sociales, enredados en sus estudios de posgrado, en el aprendizaje de una lengua extranjera —si acaso conocen la propia— y ocupados por sacar del camino a la competencia y por seguir al pie de la letra el guión que les escriben sus jefes de la Administración de turno, no acuden a otras fuentes para leer y comprender las vicisitudes de la realidad política, económica y social. En fin, atareados en reproducir ciegamente en una escala micro todos aquellos males que critican y pretenden corregir en los demás, se pasean a la vera del río de sangre, en torno al fango, con un costalado de talleres inicuos y dinámicas innovadoras, cual vendedores de baratijas, y no logran abrazar a las víctimas ni comprenderlas en su dolor.

Dice Eugenio Serna, campesino víctima de una mina antipersonal: “Después de que me llegó la prótesis, me mandó —el médico— mis primeras terapias. También estuve donde la sicóloga, pero yo terminé dándole clases; sabía que la vida seguía y tenía que seguir adelante”. Entre tanto, Eugenio, la academia sigue ahí, empeñada en hablar otro idioma y en graduar doctores con múltiples publicaciones, pasaportes con sellos de todos los colores, sueldos con el mayor número de ceros a la derecha y por posicionarse en los primeros lugares del ranking de universidades. ☐

de memoria

Historias largas y cortas.
www.casadelamemoria.com.co
Una ventanilla tan siniestra como indispensable.

Dolores

Una mujer de 65 años que perdió a tres de sus hijos. Su historia hace parte del Museo Casa de la Memoria, un proyecto de la Alcaldía de Medellín que trabaja por el reconocimiento de la violencia y conflicto histórico en la ciudad, bajo la consigna de “Recordar para no repetir”.

Catalina Puerta

Henry salió de la casa a las 7:30 p.m. a acompañar a su novia al paradero de los buses en el barrio Tejelo. Al siguiente día llamó la novia a la casa a preguntar por él y Dolores, su mamá, le dijo que él no había vuelto. “Por esos días estaban recogiendo gente para investigarla por lo que pasaba con Pablo Escobar, los cogían y se los llevaban” dice Dolores. Ella no se preocupó tanto, pero al miércoles, viendo que él no llamaba, se encontró con la novia y fueron a buscarlo por el barrio y a la Policlínica, pero nadie les dio razón.

Lo buscaron miércoles y jueves, y nada, y ya el viernes Dolores amaneció muy maluca. Como ella trabajaba ahí al frente del anfiteatro vendiendo aguardiente y fritanga, y muchas veces pedía que la dejaran entrar para ver quién conocido había llegado muerto, le pidió a su hija que la acompañara a indagar, después de no haber querido entrar por esos días por miedo a que su hijo estuviera ahí. Fueron al anfiteatro, y cuando pasaron a las mesas Dolores pasó tranquila, porque estaba acostumbrada a mirarlos, y él no estaba; cuando llegaron a las cavas, la hija se asomó: no estaba ni en la primera ni en la segunda, pero estaba en la tercera...

A Dolores le tocó volverse muy fuerte para hacer todas las vueltas y poder enterrarlo.

—En el papel que me entregaron allá, con el que me mandaron al juzgado, decía que lo habían encontrado en la Curva del Diablo; con los cordones de los tenis estaba amarrado, junto a una señora que dizque vivía en Buenos Aires...”, dijo.

Henry fue asesinado a los 23 años. No tenía antecedentes ni problemas con nadie, y su entierro fue el viernes 13 de julio de 1990. Días después Rodrigo, otro hijo de Dolores, le dijo que se iba a ir para Bogotá a trabajar, porque allá había más trabajo que acá en Medellín, por aventurar. A los dos meses de la partida de Rodrigo, Dolores se fue a trabajar allá para buscarlo: dos meses de silencio hacían pensar en una nueva y repetida desgracia. Estuvo en el anfiteatro, le mostraron fotos, pero nunca reconoció a ninguno, y nunca ha sabido nada; él nunca llamó, y nadie sabe dar razón de él, ni en Bogotá ni mucho menos en Medellín.

Nueve años después del entierro de Henry y sin noticias de Rodrigo, su hermano Oscar, de 31 años, fue detenido

por la Policía y llevado a Bellavista por el hurto de una cadena y un reloj —que le habían regalado sus tíos—, explica Dolores. Salió de la cárcel un jueves.

—Yo había ido a pagarle la fianza, pero la fiscal me dijo que otra persona ya la había pagado, entonces fui y le conté a mi otro hijo. Él me dijo que seguramente era esa gente que se la tenía montada... Yo no sé cual problema tenía él con ellos; él tampoco era un santico, pero no sé nada de eso, dice Dolores.

Tiempo después, Dolores fue a buscar a su hijo porque no había hablado con él durante varios días. Se fue a preguntarles a unos conocidos de él que se encontraban en Prado Centro, cerca de la estación del metro. Llegó a una caseta y preguntó por un muchacho y una muchacha que le decían La Tusa. Ellos le contaron que unas personas sacaron a Óscar a las 9 de la noche del hotel en el que se hospedaba, le dieron un tiro en el cuello, lo montaron a un carro y lo botaron por el Edificio Inteligente.

—Yo lo buscaba por todas partes, y finalmente lo encontramos en Policlínica, en el salón azul; lo habían operado porque una bala le había atravesado la aorta. A los 15 minutos de encontrarlo estaba en coma, no había reaccionado; luego se le vinieron las lágrimas y murió, el 2 de febrero de 2000. Lo enterramos al siguiente día.

Luego de una llamada de la Fiscalía, Dolores fue a buscar a La Tusa y a su amigo para que sirvieran de testigos. Esa semana también segaron sus vidas: ya no estaba ni el uno ni el otro.

Actualmente, Dolores, madre de Rodrigo, Henry y Óscar, es acompañada por profesionales del Programa de Atención a Víctimas del Conflicto Armado de la Secretaría de Gobierno de la Alcaldía de Medellín. ☐



Rodrigo Montoya, hijo de Dolores.

Confesiones detrás del mostrador



Francisco Saldarriaga



José Augusto Saldarriaga en el antiguo Guayaquil en los años 60. En la foto de arriba, José Augusto con su fritadora.

Antes de que el Parque de El Poblado se convirtiera en enjambre de trasnochadores, en la esquina de la carrera 43B con la calle 9 existió una pequeña cantina, *Suelas Club*. Allí funcionaba de día una estrecha remontadora de calzado, atiborrada de zapatos viejos hasta coronar el techo, de propiedad de un tal Gonzalo, viejo de barba hirsuta, zapatero de oficio y tomador de trago profesional.

Corrían los estruendosos años 80 y las doñas de la calle El Frito, como también se conoce a la calle 9, ya acostumbradas a las bombas de los narcos, preferían mirar a Gonzalo como el causante de sus tribulaciones: la mano negra que manipulaba a sus maridos para que llegaran traguados y dejaran sus quin-cenas íntegras en ese "antro de mala muerte". De ahí que ese lugar tuviera también la chapa de "El Triángulo de las Bermudas". Las malas lenguas decían que el propio Gonzalo se había bebido aquella cantina, con zapatería y todo, más de tres veces, hasta que una cirrosis crónica se lo llevó. Cuando El Frito se quedó sin cantina, a otro "prominentemente perdido", bajito, rechoncho, calvo y barbirrojo, se le ocurrió seguir las huellas del *Suelas Club*. Aquel hombre era José Augusto Saldarriaga, mi papá.

Una balacera diurna en el Parque de La Milagrosa, en la que quedamos atrapados mi hermano Óscar y yo, colmó la copa a don Augusto. Una semana después nos trasteamos a la calle 9. Nos en-

teramos que le decían El Frito porque en otra época eran dos cuadras pletóricas de algarbía, familias que se conocían de toda la vida, parrandas muy animadas y, claro está, puestos de frituras para saciar los antojos. Cuando llegamos, a comienzos de los 80, no quedaba ni la sombra de ese pasado: sobrevivía una tienda de ventana, la de los Lalos (los Londoños), a mitad de la cuadra, y la mencionada cantina esquinera.

Un revés económico hizo que nosotros, los Saldarriaga, reviviéramos la tradición que le daba su nombre a aquella calle. La familia de mi papá montó godos cuando los sentía muy liberales; desdeñaba a los negros por negros, a los limosneros por vagos y a las empleadas de la cocina por ineficientes, le echaba cantaleta hasta a mi mamá cuando ella le echaba cantaleta por echarle cantaleta a todo el mundo... Sólo respetaba a cualquier fulano encorbatado, al que con reverencia llamaba Doctor.

La clientela iba para darle cuerda a don Augusto y trabar una infinita discusión. Con frecuencia lo ponían a "volar" cuando le decían que era el tipo más mentiroso que habían conocido, ya que él decía haber hecho de todo y algo más: había recorrido el país entero por carretera y levantado fincas caídas; era agrónomo titulado, experto criador de marranos y pollos; fue jugador del Poderoso DIM (jugó en dos partidos de la Profesional y le llamaban El Oxidado), trabajador de textileras, promotor y comentarista de toros y Campeón Nacional de Ajedrez. Algunas hazañas eran en parte verdad, y Augusto se ponía rojo de la ira cuando lo contradecían.

Una familia, una puerta abierta, la reja de una ventana que deja pasar las botellas de cerveza, una freidora. Esa combinación fue suficiente para que un parque que era un símbolo olvidado, se convirtiera en un revoloteo de chapolas todas las noches. En la fachada había un letrero al que hay que agradecerle: Saldarriagas.

doña Martha, que había dado gracias a Dios cuando la cantina de la esquina cerró, terminó por aceptar el mismo negocio: restaurante de día y cantina de noche en la parte delantera de su casa. Al fin y al cabo, era más conveniente que su marido se emborrachara dentro de la casa a que dilapidara la plata en la calle.

En un abrir y cerrar de ojos, la casa comenzó poblarse en las noches de una variada fauna de sastres, oficinistas, pintores de brocha gorda, comerciantes de paso, emboladores, taxistas, buseros y camioneros, obreros y capataces, ancianos jubilados y otros que quedaron huérfanos de un sitio para tomarse unos paraditos. Todos, sin distinciones, brindando al calor del licor, atraídos por las melodías de una vieja grabadora en la que don Augusto ponía a sonar casetes de un tango inédito y música vieja.

El carácter testarudo de don Augusto, formado entre la áspera clientela de Guayaquil, pronto le granjeó la reputación de cantinero malaclase. Eran asiduas las discusiones, avivadas por mi papá, sobre política, religión, fútbol, tangos y demás temas pasionales. Alegaba con finqueros sobre fincas, con camioneros sobre carreteras, con policías sobre seguridad, con políticos sobre el gobierno, con melómanos sobre música, con hinchas del Nacional sobre el Medellín (su equipo adorado), con liberales porque él era godo y hasta con los demás godos cuando los sentía muy liberales; desdeñaba a los negros por negros, a los limosneros por vagos y a las empleadas de la cocina por ineficientes, le echaba cantaleta hasta a mi mamá cuando ella le echaba cantaleta por echarle cantaleta a todo el mundo... Sólo respetaba a cualquier fulano encorbatado, al que con reverencia llamaba Doctor.

Después llegó una extravagante fauna de muchachos de cabellos de colores, bluyines rotos en las rodillas y motosos sacos de lana robados a sus abuelas, y el reciclaje sesentado de sombreros con girasoles, pantalones botacampana y tenis pisahuevos para ellos. En el lugar donde funcionó el estadero "salado" abrió *La Paila Mocha*, donde se cocina-

ron los gritos rabiosos y las guitarras estridentes de la música alternativa. La cultura *grounge* cambió la grabadora punketa por guitarras acústicas y las pendencias callejeras por rebeldías ensimismadas, y atrajo a su vez a los *skaters*, que con sus monopatines convirtieron las escalinatas del parque en una pista para acrobacias temerarias.

Con todo ese gentío orbitando a nuestro alrededor, no nos quedó más remedio que dejar entrar como Pedro por su casa a cuanto peranita y zutanito arribaba al negocio. Las puertas de nuestro hogar se abrieron a todo el mundo y no faltaban las chicas que nos decían en la calle: "Ah, tú eres de los Saldarriaga, yo conozco tu baño"; "Tienen que fumar en tu casa, porque del techo me cayó un alacrán". Por eso, cuando me preguntaban dónde vivía, decía sin sonrojarme en Cuba, porque allí todo debía compartirse con los demás.

Aunque a varios amigos les parezca un sueño eso de haber sido criado y levantado en un bar, en realidad no resulta tan idílico. Está muy bien que cuando uno es adolescente tenga las cervezas que quiera con solo abrir la nevera, que nunca falte el trago entre semana con empanadas como pasante, que uno pueda tener amigos todos los días frente a la casa armando jaleo y que pueda darse el lujo de despacharlos con bolsadas de frituras para el desayuno, que uno pueda trabar a amistad con el viejo y con el joven y se conozca la vida, hazañas y milagros de cuanto cristiano aparece. Pero hay un precio que se debe pagar: se sacrifica la intimidad, se cambia el silencio y la calma nocturna de cualquier hogar tradicional por la parranda ajena y se corre el peligro de que la ebriedad y trasnocho destinados para los fines de semana se conviertan en el pan diario.

Nuestra vida pública se mezcló con la privada. Durante mi adolescencia, cuando iba a presentarle a mi familia a una chica que me gustaba, me encontré, en lugar de mis padres, a payasos de verdad disfrazándose en la sala. La confianza con los clientes los hizo casi parientes, al extremo de que mi papá se saltaba las obligadas charlas de padre a hijo y le pasaba la papa caliente a psicólogos que se acercaban a nosotros para darnos consejo sobre la pubertad, con su tufo como credencial. En varias oportunidades encontramos gente "preparándose una melona para bajar la



Acompañado de sus dos cuñados, Norman y Carlos Gómez.

prenda" en nuestra cocina, y tampoco faltó el borracho que decidiera quitarse la ropa y prepararse para dormir en la cama de mi mamá, creyendo en su delirio étílico que había llegado sano y salvo a su casa. Cuando salíamos a la calle, mi hermano y yo debíamos escuchar, en el hermetismo de un carro, comentarios que nos señalaban: "Alguien aquí huele a buñuelo".

Pese a todo, cuando uno convive con el ridículo que propicia la ebriedad ajena, aprende a reírse de uno mismo. Le restábamos importancia a esos abusos de confianza, y ya nada podía resultar escandaloso. A fuerza de trajín sacamos callo: aprendimos a neutralizar riñas y a lidiar con los policías que llegaban tarde a poner problema; nos volvimos expertos en evadir sobornos de funcionarios corruptos que amenazaban con cerrarnos el negocio y en enfrentar autoridades irracionales que trataban de echar a la gente por el simple hecho de estar allí; logramos atrapar escaperas antes de que salieran con licuadoras bajo sus faldas, supimos detectar cuál limosnero mentía y cuál no, diferenciar al avivado del necesitado, reconocer al viejo verde y al ladrón que hace la ocasión, al despechado y al baboso que quieren llamar la atención.

Saldarriaga se volvió un punto de encuentro obligado; un referente inmaterial, y hasta fue famoso. Viejos y muchachos con más mala que buena reputación terminaron por mezclarse allí. Quizá el éxito del negocio residía en que era un negocio sin estilo, o en que dejamos que tuviera el estilo de todo el mun-



Con su esposa Marta Gómez de Saldarriaga.

do; maleable, camaleónico, supo adaptarse a todas las gentes y a todos los cambios.

Fueron los universitarios los que se inventaron la especialidad de la casa, *el casado*: una particular mezcla de pan con empanada, traída desde los confines nostálgicos del colegio. Fueron los artistas espontáneos los que se tomaron la casa con sus grafitis por dentro y por fuera, marcándola con un sello irreverente que la destacó en la imaculada arquitectura de El Poblado. Fueron los músicos y rumberos los que hicieron que Alejandra, mi hermana menor, montara un bar en la terraza conocido como Sala VIP, en la que se tocó desde punk hasta música de cámara. Fueron los adolescentes prolongados los que vieron crecer a mi hermano Óscar y le animaron los cambios de colores y cortes de pelo a lo Mario Barakus, le avivaron su pasión por el Nacional y le vieron crecer la barba hasta convertirse en aquel personaje malhumorado y querido del parque. Fueron los taxistas y señores los que alcahueteaban la doblada de codo de Poli, la vieja empleada traída por mi papá desde Guayaquil y que atendió a media caña todos los santos días. Fueron los oficinistas los que se deleitaron con las comidas de Claudia y las carimañolas y empanadas preparadas por Marina, refugiadas en la cocina *per sécula seculorum*. Fueron los profesores, los cajeros de banco, los obreros y demás visitantes los que trabaron amistad con el tío Norman y se deleitaron, vacilando con piropos, los evidentes atributos de Claudia y Nubia (las chicas que atendían en la noche). Fueron los cervecedores de los fines de semana y los tomatrigo diarios los que con su contribución terminaron por pagarnos la universidad, hasta hacernos profesionales a todos los hijos de la familia Saldarriaga.

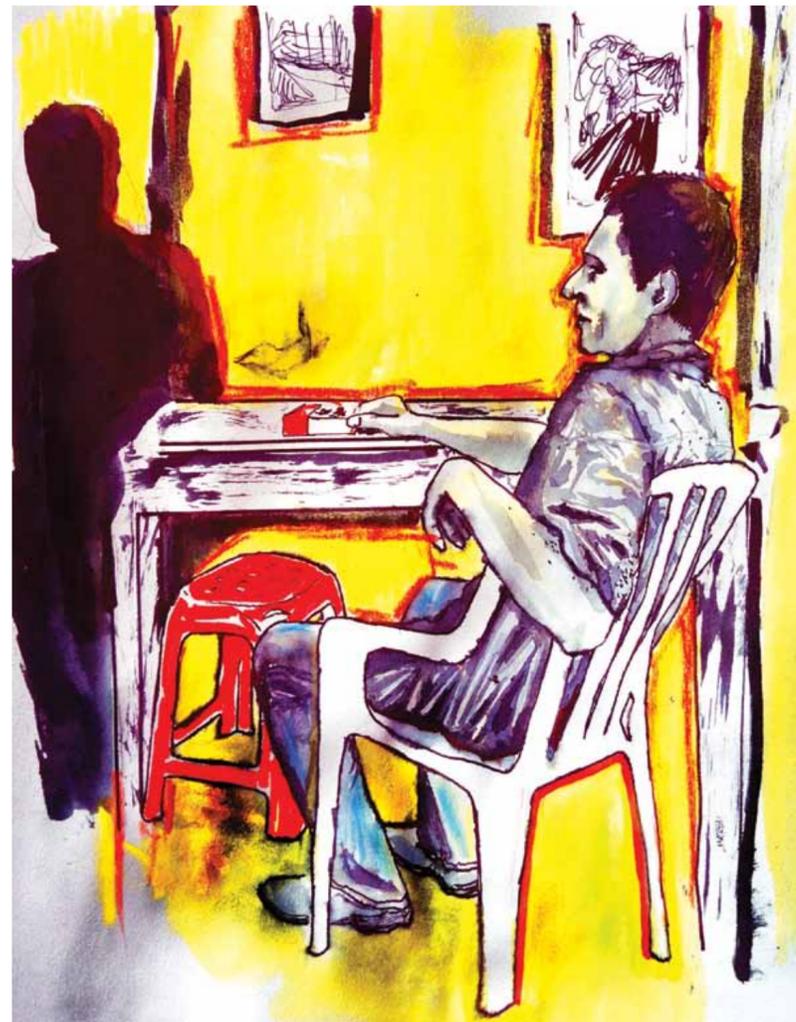
En cierta ocasión, un policía nos dijo que nosotros no hacíamos más que alcahuetear ebrios y adictos. Le contestamos que tenía razón: durante treinta años fuimos los alcahuetas de ebrios de fiesta y de adictos a la noche. Tal vez por eso, aquella esquina, junto con *Senda* y el *Bodegón del Parque*, se ciñó al alma de la gente, a su vibrar, a su sentir descomplicado y libre, diverso y confuso. Supimos alcahuetear todos los caprichos, lejos del escepticismo higienizado, elitista y excluyente de ese Poblado que ahora llaman "La Milla de Oro"; ese Miami Beach que discrimina al ciudadano de a pie, al que quiere sentarse en un parque, tomarse una cervécita en el andén o parado en una esquina y que reclama la calle como su dominio y la noche como suya. ☪

Vendedor ambulante

Aymer Waldir. Ilustración Jr.

Me molestó que me dijera eso de la invasión del espacio público, ¿invasión? qué palabra tan fea. En el cartón yo llevaba mercancía, pero le solté que era un distribuidor, para empresas multinacionales, de productos de alta rotación. Era un chiste, pero lo miré desafiándolo. No se inmutó. ¿Cuál ambulante?, le insistí, soy permanente en este semáforo desde hace quince años. ¿Qué? Gracias, claro que me quitó el plante. Quedé con esta cajetilla de cigarrillos para menudearla entre los que pasan y los taxistas: el servicio a bordo. ¿Usted es escritor? ¿De qué periódico? ¿Independiente? mejor dicho: otro desempleado. Bueno vamos, no hay problema: a lo que quiera invitarme. Usted es el que paga. Entremos a ese. Muchos de mis clientes salen de tomar café acá y van directo a comprarme. Después del tinto, cigarrillo. ¿Quién atiende? Caramba. Hay que aprovechar que me dejaron entrar. Porque vengo con usted, de otro modo me sacan a sombrero. ¡Servicio! Dos jugos de naranja y cuatro panes. ¿Usted también quiere algo? ¿No? Déjese atender. A los escritores también les da hambre. Si escribe un cuento de esto le cobro los derechos de autor. Mentiras. Yo también podría escribir si me lo propusiera y tuviera tiempo. Podría, del verbo podrir. Como le decía: eso es lo que hay que aguantar con los agentes que custodian el "espacio público". ¿Es que yo no soy público?, ¿o el espacio es sólo de las empresas privadas? De haber nacido en otro país yo no andaría en estas. De niño decía que cuando grande quería ser extranjero. Allá tienen educación, salud asegurada... y el resto: papita para el loro. Aquí no hay oportunidad. Capacidades son las que tengo. Fijese no más la capacidad de aguante. Pero estoy en desventaja. Cada día empezar de cero, buscando los tres golpes, si tuviera al menos el desayuno asegurado. Como hoy. ¿Va a publicar todo esto? Escriba pues, o ¿está grabando? ¿Quiere pan? Está caliente. Claro, llevan calentándolo como tres días. Es broma. Parece recién horneado aunque el jugo sabe a enjuague de licuadora, a fruta no. ¿Seguro que no quiere? Usted se lo pierde. ¿Ya publicó algún libro? Buen título. ¿Si los vendió todos? ¿Y de que vive entonces? Usted siquiera. Yo me conformaría con haber cobrado sueldo de hijo, al menos hasta los doce años. En agosto cumplo treinta y cinco de edad, veintinueve de trabajo, ya es tiempo de tramitar la pensión, ¿no cree? Eso, riase. Hay otros que la tienen peor, yo soy afortunado. Al menos vendo mis cosas en este semáforo de la Oriental. Cada que puedo. Claro, usted más afortunado. Cualquiera que tenga un billete de esos. ¿Aquí si tendrán devuelta? Si quiere yo voy y se lo cambio con el chancero. ¿Desconfía? Entonces la

cosa es mutua. Ojalá salga algo bueno de lo que le conté allá afuera. Tema si tiene, falta ver si también talento. Terminemos ya que estoy perdiendo clientela por estar conversándole aquí tanto rato. ¿No va a preguntar nada? ¿Qué va a escribir pues? Bueno, gracias por el desayuno. ¿Vuelve mañana? ¿O con esto ya tiene la historia? No, por nada... no más para que conversemos. Es que usted habla muy bueno. Acépteme este cigarrillo a cambio. ¿No fuma? ¿entonces que vicio tiene? Bueno, adiós pues, ¿nos vemos? nos vemos en el espejo, será nos veremos. Y eso que tampoco. No creo que vuelva a verlo, pero ya sabe donde encontrarme. Boro, boro, Marlboro. ☺



Programación Septiembre 2011

Temporada de Teatro

Septiembre 11 y 12
Los Padres Terribles
Dirigida por Alberto Zimberg.

Septiembre 17 y 18
Gatomaquia
Dirigida por Hector Manuel Vidal.

Septiembre 20 y 21
Or. Tal vez la vida sea ridícula
Dirigida por Gabriel Calderón.

Septiembre 29 y 30
André y Dorine
Dirigida por Iñaki Rikarte.

Temporada de músicas del mundo.

Septiembre 9 y 10
Baramgot
Quinteto de músicas tradicionales coreanas.

Septiembre 22
Troker. (Banda de Jazz + DJ de México)
Musicalizará en vivo la cinta silente: El Automóvil Gris (1919)

Septiembre 24
Showcases de Circulart
Presentando a : Paté de Fua (México), Pulenta (Bogotá), Mama Julia (Cali) y Grupo Tambo (Barranquilla)

Danza, humor y lo mejor de las artes marciales.

Septiembre 15 y 16
Jump
Performance cómico de artes marciales que reúne 9 de los mejores artistas marciales de Corea.

TEATRO
PABLO TOBÓN URIBE

www.teatropablotobon.com

Programación sujeta a cambios. Informes: T.P.T.U. Agradecimientos especiales: Festival Internacional de Teatro de Manizales, Fundación Asia Iberoamérica y CIRCULART

PBX. 239 75 00 - Carrera 40 No. 51 - 24 - Medellín Colombia

EINSTEIN La Exhibición

"Para castigar mi desprecio por la autoridad, el destino hizo de mí una autoridad"

Exposición del Museo de Historia Natural de Nueva York, en colaboración con la U. Hebrea de Jerusalén y el Skirball Centro Cultural L.A.

CONFERENCIAS

Jueves, agosto 25, 6:30 pm / Jorge Reynolds /
Lo que somos después de Einstein

Jueves, septiembre 1, 6:30 pm / Alonso Sepúlveda /
Einstein y el tiempo

Jueves, septiembre 8, 6:30 pm / Jairo Ibarbo /
Einstein y la paz mundial

Jueves, septiembre 15, 6:30 pm / Nicolás Naranjo /
Einstein lector

Jueves, septiembre 22, 6:30 pm / Thomas Levenson /
Einstein, el hombre

Desde el sábado 13 de agosto, viernes y sábados 6:30 pm y domingos 5:00 pm / Colectivo Explora Máquina de la Exploración /
Obra de Teatro ¿Qué piensa usted señor Einstein?

Libretos: Jorge Wagensberg Lubinsky. Duración: 50 minutos

Mayores informes: www.parqueexplora.org Teléfonos: 51 68300



Cigarrería
Girardot

Lunes a sábado
Venta de licores y confitería
Cerveza

Cra 43 Nro 52-65
Tels. 239 5180 - 239 6044

Patricia Fuenmayor G.
Asesora en seguros generales y de personas

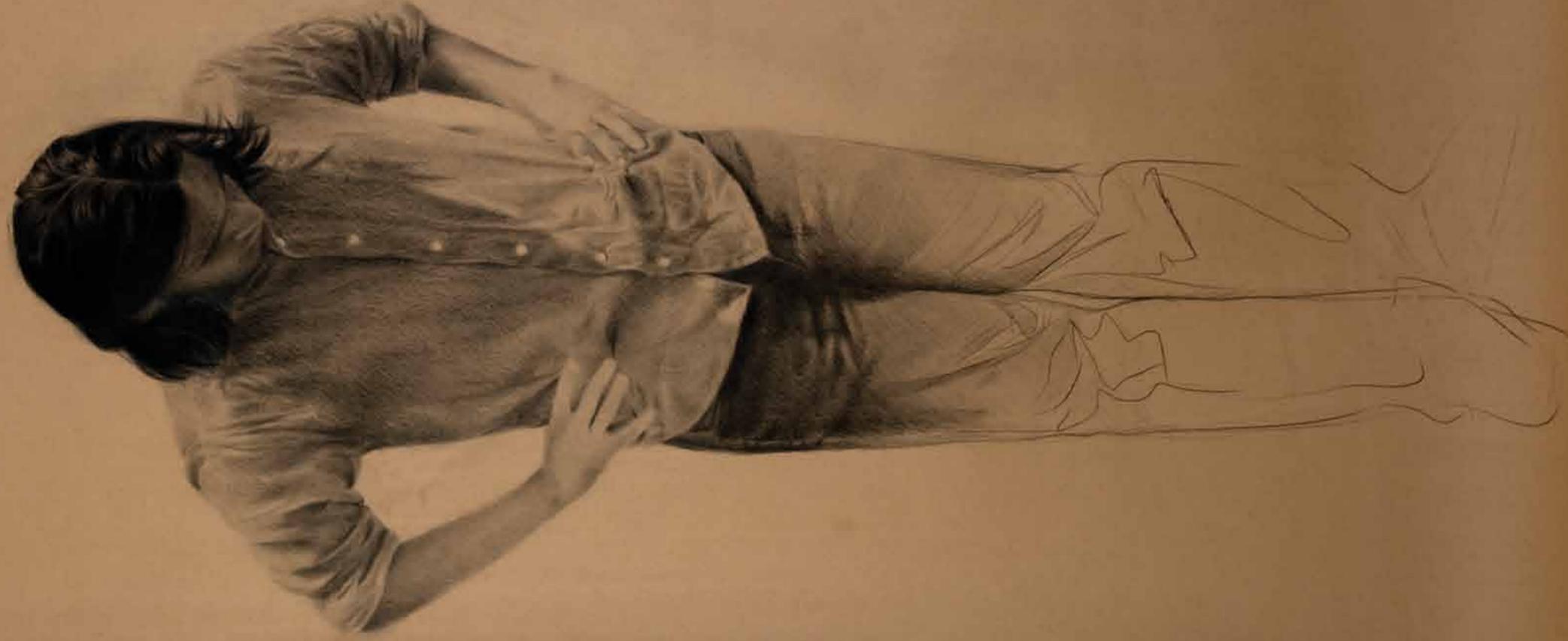
Tels. 375 7300 - 260 2300

retro

DECORACION CLASICA CONTEMPORANEA
VENTA - ALQUILER

Cll 9 # 43b - 151 El Poblado Medellín Tel.: 266 66 79

César del Valle
AUTORRETRATO IV
LÁPIZ SOBRE CARTÓN
270 X 150 CM



Situaciones aparentemente anodinas son creadas por César del Valle a través de su trabajo. El proceso es determinante no sólo por su ejecución técnica sino también por los materiales usados. El personaje, el formato y la acción se encadenan irremediablemente delatando un engaño visual, separando nuestra realidad de la de los personajes que allí vemos. Autorretrato IV se ubica en un plano psicológico que oscilando, nos lleva a un lugar inexistente –o existente– donde el sujeto representado se enfrenta a su propia desaparición.

del catálogo Corte/50, Pág. 38.

Arte central de **UC**
con el apoyo de

**MUSEO
DE ARTE
MODERNO**
MEXICALTÁN-COAHUILA

¿Ciudades para carros?

Urbanismo y el proyecto moderno country clubs y guetos



Darío Blanco Arboleda . Fotografías Juan Fernando Ospina



Abro invitando a realizar un juego mental: si pudiéramos ver nuestra ciudad a escala reducida, como una maqueta, y no supiéramos nada sobre ella (la manida idea del *alien* que visita la tierra), ¿a qué conclusión podríamos llegar ante la pregunta por el sujeto-objeto de ese urbanismo? ¿Quién es el protagonista principal de ese espacio? ¿Para quién fue diseñado? Posibles respuestas:

a. personas b. una *clase* (Marx) de personas c. automóviles d. animales e. ninguna de las anteriores f. b y c

Si su respuesta fue la última opción, podría parar de leer estas líneas ya que no le aportarán nada adicional a su conocimiento; en el caso contrario, continuemos.

Si usted es un peatón regular, sea por necesidad o decisión, habrá sentido que en muchas ocasiones son los carros y no las personas quienes tienen la prelación, evidenciada en la inexistencia de andenes en muchas zonas. Son las calles, las avenidas y las autopistas los ordenadores del espacio y los mayores referentes dentro de la urbe.

Pero, ¿de dónde nos llega este modelo? Algunos estudiosos del tema lo rastrean hasta los modelos urbanistas de Londres y París, en el siglo XIX, cuando

una mayor rapidez y volumen de coches desplazándose (de caballos por supuesto) se convierte en un imperativo. Años más adelante, al otro lado del Atlántico, en la "capital del mundo", un singular personaje da un giro de tuerca a este proceso: Robert Moses, el constructor más poderoso e influyente en la historia de la ciudad, comparado por su relevancia con el Barón Haussman en París, criticado ampliamente por lograr acumular colosales cantidades de poder y por usarlo con visión de corredor de bolsa.

El proyecto que refuerza Moses y que se difunde por todo el urbanismo de EE.UU. y del planeta, y que obviamente llega a Medellín, es el *suburb*. Moses observa que en Nueva York, después de la Segunda Guerra Mundial, se hacinaban en el centro los desposeídos y los trabajadores pobres junto a los grupos de clase media. Imagina un conjunto de *autopistas-parque* donde el conducir fuera un verdadero placer. Con este fin se hacían vías elevadas, de las más altas especificaciones, incluso con paisajes creados expresamente para deleitar al viajero y que permitieran liberar a los individuos de la carga y hastío de la ciudad. Establecidas estas autopistas, que conectan el centro con las zonas periurbanas, más verdes y *saludables*, se construyen barrios lujosos para las clases medias-altas. Así tenemos el suburbio: modelo urbanista norteamericano que le da escape y agencia a las clases medias exitosas, para quienes salir de esos centros hacinados y vivir en esa nueva periferia es el mayor indicador de la distinción de clase. En el anverso de la moneda se encuentra el gueto; reclusión-estatismo, los que no tienen la posibilidad de comprar una casa de este estilo y un carro.

Las películas y series televisivas yanquis no se cansan de presentarnoslos: las ciudades y sus centros son ocupadas en el día por los trabajadores en sus vehículos, y abandonadas en la noche en un largo viaje de regreso a sus viviendas. Uno de los ejemplos más interesantes,

recientes, es el de la serie *Amas de casa desesperadas*, por la perspectiva femenina que presenta, con altas dosis de regulación social y de pretensión que implica la vida dentro de estos suburbios. Pero un estudio inglés, el Informe Buchanan, surgido de la preocupación por el aumento exponencial del número de vehículos, hace medio siglo, ya nos advertía: "No será conveniente que la sociedad siga invirtiendo sumas aparentemente ilimitadas en la compra y manejo de vehículos a motor sin invertir sumas equivalentes en la apropiada acomodación del tráfico resultante".

Precisamente, la calidad de vida en la Medellín hoy disminuye progresivamente gracias a que un actor —así como la satisfacción de sus necesidades— crece día con día: el automotor. Se trata de un símbolo de la modernidad y la industrialización que, en nuestro contexto de pobreza *tercermundista*, ha funcionado como un símbolo de prestigio y estatus, a diferencia de otros países donde es más un bien básico de consumo, siendo asequible al grueso de los ciudadanos. Esto se evidenciaba en un artículo de la revista *Dinero*, de 2007, titulado Por qué en Colombia se pagan los carros más caros del mundo.



Sin embargo, debido en gran medida a la depreciación del dólar y a la consecuente reducción en los precios, las ventas de automotores en Colombia se han disparado: en 2010 las ventas aumentaron un 37,1% en relación al año anterior, para llegar a un récord en la historia de 253.869 unidades vendidas. Las ventas y las proyecciones para este 2011 indican que nuevamente se romperá el récord. Resulta importante resaltar el crecimiento del mercado de las motos, que ocupan cerca de la mitad del sector, y de las que se vendieron en 2010, 3'322.309 unidades, situación explicable por los bajos precios de las mismas, sumado al aumento progresivo, y abusivo, de los combustibles que los conductores padecen semana a semana en su estación de confianza.

El automóvil ocupa grandes cantidades de espacio que no pueden ser resueltas por las ciudades, dada la tasa de crecimiento del parque automotor versus el incremento de vías y sitios de estacionamiento. Un carro usa el mismo espacio que quince personas sentadas, seis bicicletas o cuatro motos, mientras que un bus tiene el tamaño de tres carros y moviliza entre 10 y 20 veces más individuos. Esto implica que la ciudad se hace progresivamente ruidosa, contaminada y congestionada. Los *tacos* se convierten en el pan de cada día y el sueño de la libertad de desplazamiento —de la liberación de tiempo, vendido por los comerciales de vehículos— no tiene lugar sino en la pantalla. La velocidad promedio de desplazamiento para Medellín es de 34 km/h, y la tendencia es a disminuir pudiendo llegar, por ejemplo, a cifras como las de 12 km/h de las principales ciudades brasileñas.

Las ciudades, el sueño por vivir de los sujetos hasta aproximadamente la mitad del siglo XX, se fueron convirtiendo, con la ayuda del automóvil, en monstruos con los cuales se debe lidiar y, ojalá, huirles. Ahora el ideal del desplazamiento no es del campo a la ciudad sino al revés: encontrar un sitio de vivienda en la periferia para descansar de la ciudad.

Las cifras de la Secretaría de Tránsito de Medellín nos refieren, matriculados, 888.595 vehículos y 407.911 motocicletas para 2010, sin contar los que están en el resto del Área Metropolitana del Valle de Aburrá (AMVA). Sólo en Medellín hay 148.787 vehículos particulares, 26.512 motocicletas, 4.389 vehículos de transporte público colectivo, 19.051 taxis y 4.659 vehículos oficiales. Entre 2005 y 2010 prácticamente se dobló el número de vehículos que se mueven en la ciudad: de 238 vehículos por

cada mil personas se pasó a 400. El lector intuirá si la inversión en infraestructura, kilómetros de vías y estacionamientos creció en la misma proporción. Las consecuencias son lógicas: mayores tiempos de desplazamiento, congestión vehicular, problemas para estacionarse, carros ocupando progresivamente el espacio que servía a las personas (por ejemplo, la calle del frente de las casas o el uso de lotes y viejas construcciones que se destinan para parqueaderos).

Seguimos el modelo de EE.UU., donde se incentiva el desplazamiento individual sobre el colectivo, con su consecuencia urbanística de suburbanización como única respuesta al problema vehicular. En la Encuesta Origen y Destino, del 2005, para el AMVA, de las 4'684.389 personas que se mueven diariamente, solo el 34% lo hicieron en transporte público colectivo. El restante 66% lo hizo en carros particulares, motos y taxis.

Ante el ingente volumen de vehículos se incrementan los accidentes, los heridos y los muertos. La principal víctima de este despropósito de movilización son los peatones de edades mayores de 50 años y los jóvenes motociclistas. En el 2010 se registró un incremento del 13,7% en el número de peatones muertos, frente al año anterior, y un total de 293 muertos en accidente de tránsito. Los atropellamientos fueron el 59,6% de los accidentes mortales, los choques el 32,1% y las caídas de ocupante el 6,3%.

Pese a todo lo anterior, para los ciudadanos de Medellín (encuestados por Datexco, en su informe de febrero de 2011, en relación a la elección de alcalde) el tema de la movilidad no es prioritario, como sí lo es en Bogotá. Acá aparece ocupando el noveno de lugar en la percepción sobre las principales problemáticas, señalado por el 2,9% de los encuestados. La mayor preocupación social la suscita la inseguridad ciudadana, con un 47,9%.

Cierto con una invitación a reflexionar: ¿por qué, aun cuando los automotores determinan hoy nuestra existencia, reduciendo progresivamente nuestro bienestar, no logramos ubicarlos plenamente como una problemática social? ¿Será que ya no logramos concebir nuestros mundos de vida sin sus promesas de distinción, libertad y desplazamiento? ●

¿Es esto civilización?



Hace casi un siglo, el 12 de julio de 1913, el diario caraqueño *El Universal* publicó un editorial con visos de monstruoso apocalipsis: dos autos habían chocado y era necesario abrir los ojos contra las amenazas de un futuro con tintes de ciencia ficción. Hoy, cuando nuestro *modus vivendi* depende enteramente del automóvil, la nota se antoja como el chisme de una ingenua "primera vez".

Nosotros lo habíamos predicho. Tarde o temprano iba a suceder lo inevitable. Ayer, por desgracia, los hechos nos dieron la razón.

A las once y media de la mañana, cuando el Dios Febo estaba en su esplendor, dos de esos vehículos de motor que llaman impropriadamente automóviles, y que andan por esas calles a 15 y hasta a veinte kilómetros por hora, tuvieron un encontronazo nada menos que en el ombligo de la ciudad, en la propia esquina de Las Gradillas.

El vehículo manejado por el joven Gustavo Zingg "chocó" (si se nos permite usar este galicismo), con el otro que conducía el ingeniero alemán que fue traído con este objeto por la Casa Elohm de esta ciudad.

Este espectáculo, casi terrorífico, no se había visto jamás en la Capital y puede afirmarse, sin cometer pecado, que todo Caracas desfiló por Las Gradillas a mirar el estado en que por justo y merecido castigo quedaron los dos coches. A tal punto llegó la marejada humana que el Gobierno del Benemérito General Juan Vicente Gómez, Caudillo de Diciembre, siempre vigilante de la tranquilidad colectiva, tuvo que sacar la caballería y ocupar las cuatro bocacalles de la Plaza de Bolívar.

Y ahora nos preguntamos nosotros: ¿Es esto civilización? ¿Podrá seguir tolerando una ciudad que corran por sus calles, como alma que lleva el Diabolo, flamígeros aparatos de hierro? ¿Y todo porque a un millonario de la Gran Nación del Norte, quien según informa el cable Francés se llama Enrique Ford, se le ha metido en la cabeza hacer dinero de esta forma?

Pero todavía hay tiempo del poderle remedio al mal.

De aceptar nuestra reiterada proposición de que esos aparatos solo se les permita circular por los caminos y que se les marquen zonas de salida y llegada en los extramuros de la ciudad. Así evitarían catástrofes mayores y Caracas podría seguir conservando su hermoso aspecto de la ciudad sería, en donde los coches de caballos van y vienen sazonando la vía con los agudos dichos del cochero y las travesuras fisiológicas de las nobles bestias.

Y no solo la Prensa, el cuarto poder como tan acertadamente la llamara El Libertador, sino también la Iglesia, suprema guardián de las buenas costumbres, ha dejado oír su voz contra estos aparatos. El joven e inspirado predicador Pbro. Jesús María Pellin, fustigó el domingo pasado, en misa de 11, a los que él llamó con toda propiedad "amici rerum novarum" (amigo de las cosas nuevas), como de estos aparatos satánicos que comparó al carro de fuego en que el profeta Elías desapareció en dirección al cielo.

Que hablen los otros. Que hable el doctor Luis Razetti y diga si un organismo puede aguantar el desplazarse a 20 kilómetros por hora. Que hable el Dr. Delgado Palacios, nuestro más eminente químico y explique si con el ingrediente tan peligroso que llaman gasolina no puede inflamarse y producir una reacción en cadena que acabe con la ciudad. Que hablen los jóvenes doctores Pepe Izquierdo y Enrique Tejera. Que hablen todos. Que no se callen, que la ciudad y la patria están en peligro.

Nuestra consigna: ¡¡Atrás Automóviles!! sigue siendo la voz del patriotismo y del buen sentido venezolano. La posteridad habrá de agradecerle haberla librado de esta tremenda amenaza. ●



Estilario

Raúl Trujillo

Exclusivo para UC desde Buenos Aires

Como por él mismo dibujado, el maestro Upegui luce para nuestro estilario todo en monocromía de grafito y carboncillo, en gama degradé de negro a gris. Es él, como ya hemos dicho alguna vez, otro ejemplo del artista que hace de sí su primera y elocuente obra, y de su apariencia el reflejo de una experiencia vivida por años en primera persona y posiblemente en singular.

Si aparenta ser bohemio es porque lo es y si un poco guerrero es porque también lo es. El arte que se exhibe en la calle a todos los que pasan se degrada ante un lector que tendrá que ser experto para reconocer talento y valor, ya que ni los clásicos espacios blancos de galerías, con luces diáfanas y ambiente controlado, ni los marcos ordenadores, ni los rebuscados títulos en los membretes, nada de eso está en el deambular. En la calle todo es asfalto y duro concreto animado por las gentes que el artista tendrá como espacio para existir y donde su sombra gris oscura tendrá que resaltar. He ahí la belleza del maestro al dibujar su versión de la realidad sin efectos especiales ni técnica digital.

De pies a cabeza su imagen refleja la errancia y el uso. El quepis de resistente cuero y posible origen marinero se hizo del salsero y callejero desde los días que referencia la serie Baretta en la violenta NY. Una nueva NY en espléndida emergencia cultural y creativa, que vio brillar a La Fania y todos sus Stars en las calles afrolatinas, la suma del nuevo poder étnico que transformaría la escena local. El poder negro, el black power, así se llamó al fenómeno de empoderamiento de la comunidad afrodescendiente en los Estados Unidos después de las marchas antirracistas y las leyes que luego demostraron la injusticia con la que la raza negra era sometida a la discriminación y el apartheid. Cuatro décadas después Suráfrica vibra y celebra su vigorosa negritud, pero en los 70 ya algunos hacían alarde de su ancestro portando el african look de enormes bolas de pelo ensortijado, afros que hace un año recordamos viendo a Michael de niño con una espléndida sonrisa que desde antes de la muerte nunca el decolorado rey del pop mostró mas.

Es una gran marca estética la raza y sería mentir decir que no importa y pesa en el prejuicio del otro al mirar y criticar. Entre nosotros, y ahora de nueva y póstuma moda pop, Fruco, Joe y muchos más dieron cuenta de este fenómeno tan particular en nuestra ciudad donde todos decían no ser racistas, pero dificultad le causó a algunos ver, con orgullo y hermandad, las nuevas expresiones afrochocoanas que se visibilizan.

El rostro enmarcado por una mota blanca refleja años y bondad, sin perder lo recio de la osamenta y el cuero, duros como ébano, mientras todo él pareciera estar siendo sometido por una fuerza que tira desde abajo, mayor a la de la gravitación, languideciendo la silueta en un gesto de absoluta confianza en su amigo, el que hace el click para la posteridad. También de cuero, cinto, bolso y carpeta que deben durar y aguantar. Las prendas salen del armario de lo básico y entre formal y clásico nunca dará mas de qué hablar de su talento creativo con su apariencia, que la evidencia de su arte cual insignia en pública oferta, lleva en su andar. ☪

Maestro Arturo Hincapié. Artista.

Al galope seguimos hacia el norte por la carrera Bolívar con el caballero historiador Rafael Ortiz.

Las fiestas de San Juan

Byron White. Ilustración Lyda Estrada

Después de cruzar la quebrada La Loca, Bolívar se internaba recta en lo que era el Llano de los Muñoz, y esto convino mucho a los promotores de las Fiestas de San Juan, una celebración heredada de Europa que aún sigue vigente en algunos lugares de América pero que aquí adquirió características sui generis y se convirtió en una festividad pagana, totalmente dedicada a las carreras de caballos y a otras actividades relacionadas con ellas. Eran tan populares y concurridas que los llaneros, por ejemplo, tenían en las Fiestas una generosa fuente de ingresos que les permitía vivir cómodamente durante el año siguiente.

El epicentro estaba en la intersección de Bolívar con la calle Cuba, que aún no existía como tal y simplemente la demarcaba una serie de cruces que recordaban los pasos de Jesús durante la pasión y por esta razón se llamaba Calle de las Cruces. Luego de las ceremonias de inauguración, los jurados animaban a los jinetes a participar en competencias riesgosas, de las que había numerosas.

La carrera del pollo

Quizás la competencia más apetecida de todas y reservada para los pollos más viejos de la ciudad, a los cuales se les amarraba una soga distinta en cada pata. Una vez hechas las apuestas, cada jinete cogía una de las sogas y arrancaba en sentido contrario a su opositor, a toda velocidad. Cuando se daba el resultado esperado, el pollo se partía, y los jueces justificaban cada uno de los dos trozos según una tabla preestablecida. Cuentan que en muchas ocasiones la carrera del pollo resultó mortal también para uno de los jinetes porque era frecuente que el gallo, con sus años, resistiera el jalón y lo tumbara.

Otra de las pruebas favorita era la carrera entre dos o más jinetes y acontecía entre Cuba y La Curva del Bosque, que en esa época era por donde se cogía el camino hacia San Pedro, y que pasando por Bello y el Llano de Ovejas, coincidía con el camino a Copacabana que venía de Santa Fe de Antioquia.

Entre prueba y prueba se presentaban numerosos actos de chalanis-

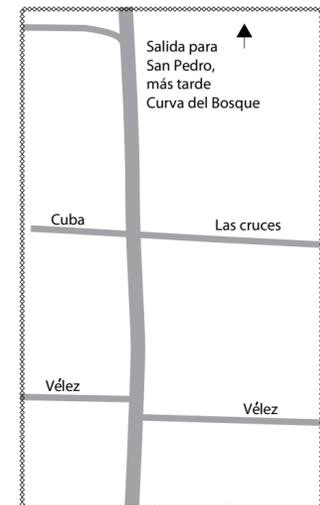
mo, siendo los más apreciados por la asistencia femenina, los del famoso caracoleo, que es prueba definitiva en el arte de montar. Había otras competencias, demandadas a veces por los mismos jinetes, como las carreras de largo aliento, en las que se iba perdiendo puntos a medida que se sobrepasaban ciertos hitos: los primeros 100 metros, los segundos, y así hasta terminar. No a todos los jinetes les gustaban estas carreras porque perder en cada hito desacreditaba al animal, y en esa época el caballo constituía el orgullo de su propietario: lo cuidaba, lo bañaba, lo mantenía bien aseado. Pasó el tiempo y el hombre trasladó todas las atenciones del caballo al automóvil, de allí que se observa en las calles lavado de carros, brillado y todo lo demás.

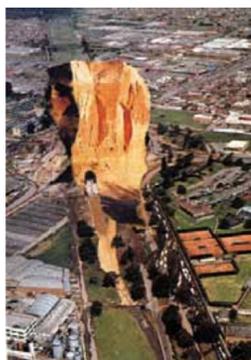
La Curia mandó cerrar

Las Fiestas de San Juan, que se disfrutaban durante dos semanas, una antes y otra después el 22 de junio de cada año, fueron "desaparecidas" por la Administración Municipal al recibir quejas de la Curia Diocesana acerca del extraordinario crecimiento del desorden propiciado por las celebraciones.

Cuando desaparecieron, en la carrera Bolívar se agruparon casas en las que, detrás de la prostitución se mimetizaban robos y hasta asesinatos, lo que le dio una mala fama muy justificada. Al fin las mujeres se enojaron, echaron a los malandrines y entonces los ricos de Medellín empezaron a visitarlas convirtiendo a Bolívar, después de las cuatro de la tarde, en una pasarela de hermosas cabalgaduras. La chiquillería, siempre alborotada, acompañaba la procesión pidiendo regalos. Quien más provocaba ruido era Coriolano Amador, quien en casi todas las tardes desfilaba en hermosos caballos, sacaba monedas de una bolsa y las tiraba al aire para que los niños las recogieran.

Hubo dos edificios definitivos para Bolívar: el Cementerio de San Pedro y el taller del tren de mulas, que funcionó donde hoy es el Hospital San Vicente de Paúl, construido a principios del siglo XX con planos traídos de Europa y con donaciones, como por ejemplo las rejas del Parque Bolívar que Federico Vásquez retiró para modernizarlo y fueron a parar al hospital. ☪





Trancón 1994

Obituario y premonición

Zalamea planteó siempre un juego con Bogotá: entre chiste y chanza creo unas postales "retocadas" para magnificar algunos fiascos, sabotear orgullos distritales y obligar a una reflexión donde solo había una panorámica. Ciudad Bolívar, El Guavio, Monserrate, el edificio Colpatria hicieron parte de su Proyecto Bogotá que se expuso en 1994 entre instalaciones, maquetas, serigrafías y luego se convirtió en una serie de estampas capitalinas. Tal vez la ballena sumergiéndose en la ciudad que comienza a oscurecerse y a marcar sus recorridos con las luces amarillas de las avenidas, se la más recordada, una especie de invitación a alejarse para mirar desde un ángulo privilegiado.

Gustavo Zalamea tuvo un final digno de Aguirre, Herzog o Kinski. Murió en medio de una expedición al Amazonas que intentaba una obra desde la orilla de un barco. No fue una flecha ni un dardo envenenado. Una neumonía atendida en un hospital de Manaos fue suficiente. Quería llevar ese paisaje de moviola hasta la Plaza de Bolívar: un cuadrado que fue su obsesión y su tablero para rayar ideas e imaginaciones.



Bogotá para Alejandro Obregón 1994

la burla de los payasos callejeros, antes fue la Avenida las Américas que Zalamea describe como proyecto de varios alcaldes. En medio de la obra el artista planta una montaña de piedra imposible de remover. Decide entonces abrirle túneles de dos ca-

rriles, uno de ida y uno de vuelta entre funcionarios y contratistas. Trancón un presentimiento perfecto para lo que vive Bogotá con la "autopista" que lleva a los pasajeros hacia El Dorado, una trampa para que no puedan huir. ☹

Bocas de ceniza

Camilo Jiménez.



Método fácil y rápido para ser poeta



Jaime Jaramillo Escobar,
Método fácil y rápido
para ser poeta, tomo I,
Bogotá, Luna Libros, 2011.

Los hay de tantos tipos... Libros soberbios escritos por ancianos soberbios y libros malos escritos por ancianos soberbios. Yo prefiero los libros soberbios de viejos mansos. Que han visto mucho y leído mucho. Henry James, por poner un nombre. Obregón, por poner otro. Alejandro Rossi, otro más.

Este sabroso *Método fácil y rápido para ser poeta* es de un anciano no sé cómo, pero su prosa es de viejo sabio. Firme y al tiempo humilde. Tozudo y a la vez delicado. Insistente. Su prosa es, no se asusten con la palabra, epigramática. Cito al DRAE: "Epigrama. 2m. Composición poética breve en que con precisión y agudeza se expresa un solo pensamiento principal, por lo común festivo o satírico". La poesía anima esta prosa, como tema y como espíritu. Como forma.

La edición de Luna Libros es primorosa, como para hacer una fiesta íntima. Y no es más por ahora.

El poema nace, no se hace. Quiere decir que el poeta tiene que estar preñado. El poema hechizo es un muñeco de simple redacción. Aun para leer es necesario estar inspirado. El lector no inspirado, lector mecánico y compulsivo, no entiende. Se accede a la inspiración voluntariamente. Hay métodos: disponibilidad, aislamiento, concentración. Dice Platón: "La Musa inspira a los poetas, éstos comunican a otros su entusiasmo, y se forma una cadena de inspirados". El lector inspirado es aún más escaso que el autor inspirado, desde que la literatura dejó de ser arte para convertirse en un negocio del cual hasta los poetas quieren participar, como el cura que vende la custodia. No es de esa poesía ni de esos poetas astutos y negociantes de lo que se habla en este libro. ☹

Entrada libre

DESCONFERENCIA "Edupunk y Museos"
Martes 27 de septiembre
8 AM - 12 M
Invitados: Alejandro Piscitelli (Argentina) y María Acaso (España). Ellos serán los invitados especiales a dialogar con el público en este espacio académico.

Lugar: MAMM Sede Ciudad Del Río. En asocio con: Medellín Digital, Grupo de Investigación: Educación en Ciencias Experimentales y Matemáticas
- GECEM - Universidad de Antioquia.

MUSEO DE ARTE MODERNO
Museo de Arte Moderno de Medellín
T: (574) 4442622
Carrera 44 No. 19 A -100
www.elmamm.org



DR. GUSTAVO AGUIRRE
OFTALMOLOGO CIRUJANO U. DE A.

CIRUGÍA CON LÁSER

Clinica SOMA,
Calle 51 No. 45-93
Tel: 513 84 63 - 576 84 00

PROGRAMESE PARA VISITAR
LA CASA MUSEO PEDRO NEL GÓMEZ
ENTRADA LIBRE

NUEVAS EXPOSICIONES
Flores: el color local en la obra de Pedro Nel Gómez
Totem mítico de la selva - Las fuerzas arcaicas del hombre americano
Memoria restaurada - Exhibición de un proceso de restauración de obras de arte

OTRAS ACTIVIDADES
Barrios vecinos: sábado 27 de agosto. Santa Elena es el corregimiento invitado. Jornada cultural y recreativa de 10 a.m. a 1 p.m. Programa patrocinado por EPM.

Visitas guiadas: durante todo el mes, con previa reserva.
INFORMES E INSCRIPCIONES
(574) 233 2633
programacion@casamuseopedronelgomez.org



el rincón retrito de Truchaltrita

UNIVERSO CENTRO tridimensional

presenta

UC3D F2

LA FIESTA DE LA FIESTA... DEL LIBRO

Para embriagar las lecturas del día.
Para olvidar las conferencias.
Para perder los libros comprados.

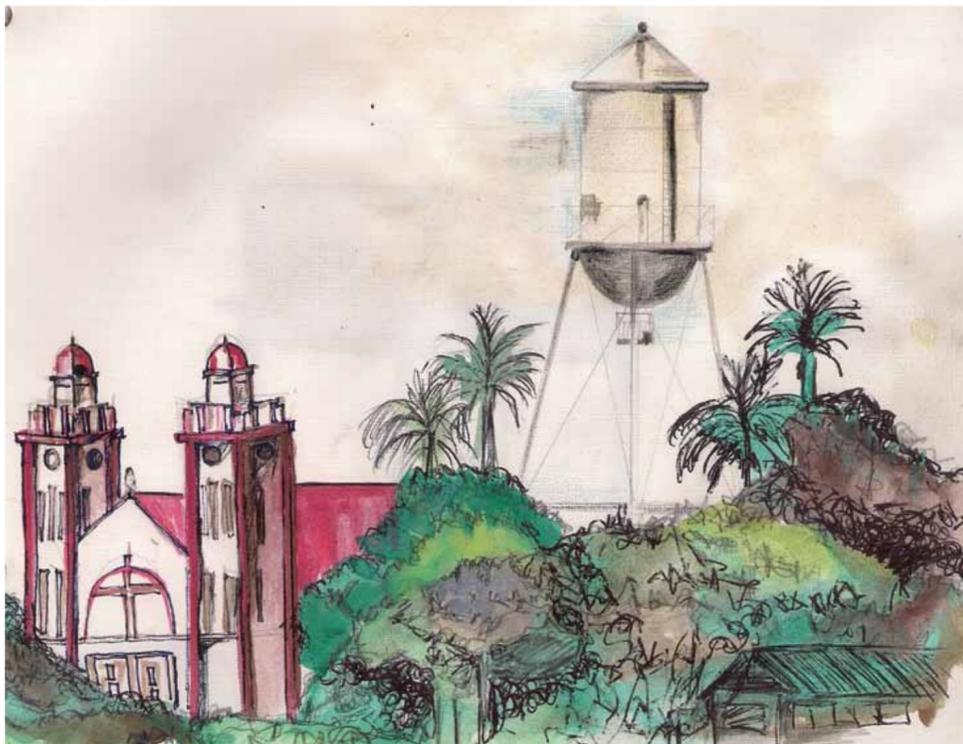
EN ESCENA
PARLANTES SIGUARA JAZZ
DIOMEDES (SIC)
JAIME JARAMILLO ESCOBAR (X504)
DOÑA NN
MÚSICOS POPULARES DEL PARQUE BERRÍO
EXPOSICIÓN DE ARTISTAS CENTRALES

Sábado **10** de septiembre
7:00 p.m.
Lugar: Casa Plazarte
Carrera 50 Palacé # 59-32.
Prado Centro.
Teléfono: 586 7719

Abstemio: Persona de carácter débil, que cede a la tentación de negarse un placer. Abstemio total es el que se abstiene de todo, menos de la abstención; en especial, se abstiene de no meterse en los asuntos ajenos. [Ambrose Bierce]

Boleta: \$15.000, el valor de un libro de Paolo Coelo en promoción.

ADQUIERALAS EN EL BAR EL GUANABANO, TIENDA LOS SILDARRIAGA Y EN LA PUERTA DE PLAZARTE.



La dignidad postergada

Líderman Vásquez. Ilustraciones Verónica Velásquez



Me llegan muchos correos, la mayoría de personas o entidades que no conozco, y casi nunca lo leo. En estos días me llegó una propaganda de Sergio Fajardo y su grupo. No leí el texto porque sólo con el título se sabía el contenido. Parece que el hombre hizo un recorrido, no en helicóptero, como hacen normalmente los candidatos, sino en carro. Hice clip en el video y aparecía Fajardo apoyándose en un bastón. Decía que es necesario entregarle a la gente la dignidad que siempre se les negó, que los habitantes de Urabá nunca habían tenido agua potable..., etc., etc. Entonces vi como en otro video paralelo imágenes de las polvorientas calles de San Juan de Urabá, Uveros, Damaquiel, Zapata, Mulatos, Necoclí, Arboletes y Turbo, pueblos que empezaron a conformarse a finales del siglo XIX con gentes —negros, mulatos y uno que otro indio— provenientes de Barú, Santana, Bocachica y Pasacaballos, descendientes de esclavos que huían del despojo. Al parecer eran tierras en donde el caucho, la ipeacuana y la tagua se producían de manera silvestre. En el primer cuarto del siglo XX barcos alemanes frecuentaban sus costas en procura de ipeacuana y tagua, esta última llamada también marfil vegetal, era utilizada en la confección de botones para uniformes militares.

La violencia de los años cincuenta pasó por allí. De Turbo, donde tenía un teatro rudimentario, salió mi abuelo huyendo a la muerte. Estuvo unos meses en Bogotá mientras pasaba la amenaza, y antes de que terminara el baño de sangre, se instaló en San Juan de Urabá. Mis tíos, que suman casi treinta, nacieron unos en Turbo y otros en San Juan de Urabá. Yo nací en Zapata, un caserío, corregimiento de Necoclí, cuyas playas salvajes, llenas de troncos, raíces y semillas que arroja el Atrato, resultan poco atractivas para el turista.

La única forma de llegar a estos pueblos era a través del mar. No había comunicación con la Capital del Departamento. Embarcaciones de madera, algunas hasta con tres y cuatro camarotes, traían de Cartagena todo lo que no se producía en la región y se iban cargadas de coco, plátano y ñame. Más o menos en la década del sesenta empezaron a llegar candidatos presidenciales a prometer carreteras, acueductos, escuelas y hospitales. Llegaban en avionetas que aterrizaban en potreros adecuados como pista, pero que eran en realidad dormitorio de burros. Prometían de todo, y para afianzar las promesas bautizaban niños a diestra y siniestra. De Turbo a Arboletes hay muchos ahijados de Alfonso López Michelsen, apodado El Pollo, un personaje que según algunos periodistas lambones, cuando hablaba, ponía a pensar a todo el país. ¿Qué fue de aquellos niños bautizados? ¿Qué pasó con ellos en los años de la violencia paramilitar? ¿Fueron víctimas o victimarios?

En los meses de invierno se llenaban los aljibes de las familias prestantes. El resto recogía el agua en pequeños tanques de hierro o en latas de aceite Supremo —esas que el Joe Arroyo car-

gaba en su infancia porque los políticos prometían y prometían pero nunca cumplían y el agua siempre había que ir a buscar lejos del barrio Nariño— y se llenaban las tinajas. Como los techos eran de palma el agua de los más pobres era amarilla como el aguapanela. El verano era otro cuento. Los ricos vendían el agua en latas de aceite Supremo y los que no podían comprar tenían que tomar agua de pozo, también llamada agua gorda, agua que se compartía con los burros y los cerdos. Mi abuelo tenía un aljibe y un motor que producía energía eléctrica. Era considerado rico. Pero él sabía que a medida que se alejaba de San Juan se iba desdibujando, devolviendo y en Montería, por ejemplo, ya era pobre. Nunca vendió agua.

Por eso al ver el video de Sergio Fajardo se me vinieron a la mente, como en otro video, imágenes de Zapata, de San Juan, de Damaquiel y de Uveros, pueblos olvidados, burlados, cada uno con sus caciques, a los que se les florea el culo cuando llegaban sus jefes políticos, y a cambio de cualquier migaja, un empleo para un hijo o un sobrino en la capital o en la Caja Agraria se dejaban follar por el jefe. Así ha sido la política en todo el territorio nacional, una política que huele a mierda.

La primera vez que vi a Cartagena fue desde el mar. Me arrancaron de Zapata como se arranca una mata que se quiere sembrar en otra parte. Un año estudiando y más o menos como a finales de octubre, en vacaciones, hacíamos el viaje de retorno. Nos embarcábamos en el muelle, cerca a La Torre del Reloj, en el Paseo de los Mártires. El viaje duraba tres y hasta cuatro días. En la playa estaba mi madre esperándonos. Un bote nodriza nos llevaba a la orilla. Todas las vacaciones, durante los años que duró la

Nunca más volví a San Juan, ni a Turbo, ni a Zapata. Todos esos pueblos me producen escalofrío. La gente es buena, pero tres décadas de violencia manchan el corazón.

escuela, hicimos ese viaje.

En algún momento empezamos a viajar en bus hasta Montería. Luego tomábamos un carro pequeño porque parte de la carretera eran trochas, caminos que habían hecho los burros, esos ingenieros que hoy están siendo reemplazados por motos. De Arboletes a San Juan el viaje se hacía a pie o en pequeños botes a motor si el mar no estaba picado. Había gente en San Juan que no conocía los carros. Si un camión destartado lograba entrar al pueblo salían de las casas a perseguirlo. Cualquier día, después de robársela como veinte veces, le echaron tierra a la trocha y la aplanaron con unos rodillos. Habrían de pasar muchos años para que la asfaltaran. Los alcaldes terminaban su mandato con una o dos fincas, un carro y muchas cabezas de ganado.

Por esa época hombres armados intentaron matar a mi abuelo. Le hicieron como doscientos tiros. Cinco hombres jóvenes disparándole a un anciano de setenta y cinco años sólo porque en medio de las baratijas había una caja fuerte. Se defendió con una vieja escopeta de perdigones y dio de baja a uno de los asaltantes. Desde ese momento la muerte se volvió cotidiana. Llegó la guerrilla, llegaron los paramilitares, la pequeña parcela desapareció para dar paso a la gran propiedad y la gente siguió tomando agua gorda, agua de pozo.

Más o menos como en 2002 recibí parte del contenido de la caja fuerte. Eran un diccionario de Salvat en cinco tomos, faltaba uno. Alguien lo empeñó y mi abuelo lo guardó durante veinte años. Cualquier día metí los tomos en una bolsa y en una librería de libros usados que hay frente a la Universidad de Antioquia los cambié por La luna y la ducha fría, el bello poema de Víctor Gaviria.

Nunca más volví a San Juan, ni a Turbo, ni a Zapata. Todos esos pueblos me producen escalofrío. La gente es buena, pero tres décadas de violencia manchan el corazón. Ojalá que esta vez la política no huele a mierda, que hombres, mujeres y niños tengan por fin un poco de dignidad, que no tomen más agua gorda, agua de pozo. ☪



Algún gracioso que solo monta en bus nos dijo un día que el Metro de Medellín tenía su propio himno. Le dijimos que mejor sacara la Tarjeta Cívica y dejara su animadversión contra el bendito tren. El hombrecillo lo juró, dijo que un amigo empleado de Metromed, supernumerario de vagones y revisor de papeleras le había cantado una estrofa en una borrachera inesperada.

Durante varios días intentamos inventar la música de ascensor acostado y recrear la letra virtuosa de la Empresa de Transporte Masivo del Valle de Aburrá. El mismo borracho que nos enganchó con el canto soltó

su invento entre babas: “Oh, libertad que transportas las hermanas de mi taita”. Lo dejamos ahí. Además de mentiroso y ebrio, tonto.

Pero había alguien con curiosidad prodigiosa entre los presentes. Una mujer, por supuesto. Un día, al frente de la taquilla, se dijo: ¿y por qué no? Tomó el riesgo, le preguntó a la mujer detrás del vidrio si era cierto que el Metro, esa empresa maravillosa, tenía el himno que se merecía: “Por qué no lo ponen en las estaciones”, le dijo con la seriedad que pudo. La señora que no era boba, la miró con sorna, sabía que se burlaba de su uniforme y su empleador. Pero abrió su billetera, sacó una tarjeta plastificada y la deslizó en el cuenco de alu-

minio reservado a los tiquetes. La miro con una frase en los ojos: “ahí le dejo un regalo para sus burlas. Hasta para eso somos ejemplares”. Tenía en sus manos el himno imposible. Le tomó una foto con su teléfono y se despidió con una reverencia. Cultura Metro.

Cuando nuestra espía llegó con las estrofas fue recompensada con copas. El borracho de la historia fue reprendido por no ser convincente. Y el himno decepcionó. Su existencia era un absurdo delicioso. Su realidad era solo el colmo de patetismo. ☪



Elkin Obregón S.

Dos cuentecitos de andar por casa, y una coda de ñapa

LA ISLA A MEDIODÍA

El sueño era terrible. El avión perdía altura, los pasajeros llovaban y se abrazaban, el capitán guardaba un total silencio, las azafatas, en un rincón, se unían entre sí como rosas marchitas. T. se preparó a morir, cerró los ojos, esperó el golpe definitivo. De pronto, nada pasó. T. volvió a mirar. Todos los pasajeros, en su sitio. El avión volaba, plácido, sobre un cielo sin nubes. T. respiró, aliviado, y espionó la ventanilla. Allí abajo, esplendente sobre el espejo del mar, radiante, La Isla a Mediodía, de Cortázar. Supo en ese momento que soñaba.

COURBET

Soy fotógrafo y, para mi fortuna, ando siempre armado. La encontré a la salida de un teatro de Off Broadway.

—Beatriz —dije—, hace veinteaños. No has cambiado nada.

Tomamos un vino en la esquina, evoqué emocionado los viejos tiempos. Ella callaba. Vivía cerca, y sola. Subimos a su apartamento. Después, me atreví a pedirle que posara para mí, de pie, desnuda, como aquella noche memorable de Medellín. Sin decir palabra, se quitó la ropa, y ocupó su lugar, frente a la pared del frente.

—Sólo falta algo —objeté—. Un cuadro de Courbet, *El origen del mundo*, que había detrás de tu cabeza

Fue por él a su habitación, y lo puso en su sitio. La foto salió perfecta. Era como haber detenido el tiempo. Finalmente, ella habló:

—No soy Beatriz. Pero nunca me he sentido tan amada.

Caímos sobre la alfombra de la sala, y pasó lo que pasó. Y Courbet fue por segunda vez nuestro celestino.

(Nota para voyeristas: *El origen del mundo*, Gustave Courbet, *Érotica Universalis*, Ed. Taschen, 1994, pág. 533).

CODA

Miles de bolillazos sobre *El Bolillo*. Cronistas, feministas, twitteros, participan en la jugosa fiesta. Sin embargo, nuestro periodismo, como siempre, nada investiga. ¿Qué se sabe de la dama agredida? Ni siquiera su nombre. Se presume que volvió al lugar de los hechos. Si así fue, ¿por qué? ¿Quién es, qué pasó en ese recinto? ¿Por qué no se mani-fiesta? Para emitir un juicio, más o menos válido, es preciso conocer los pormenores de un asunto. Lo sabemos Maigret, Poirot, y yo. No así el pintoresco periodismo colombiano, que vive en Babia. ☪

La Granja Blanca



La granja es perfecta para uno de los paisajes de Edward Hopper. Tiene una casa principal pintada de blanco, rodeada de una hierba alta que se inclina con el viento que logra atravesar el bosque de abedules del fondo. Dos ventanas altas a manera de ojos vigilan la llegada de los visitantes y le entregan un aire infantil a la casa mayor. Abajo corre el apacible río Glomma, un murmullo que lame el hocico de los venados. Para que haya algún contraste de color, los dos graneros de madera están pintados de rojo, tal y como es costumbre en los campos noruegos. Es una finca de apenas 4.000 metros, con más vocación para el paisaje que para las eras de los cultivos. La ciudad de Rena, una pequeña hornilla, le entrega el calor necesario en los duros inviernos del norte.

En el 2006, la granja blanca tuvo sus días felices. Sirvió para cultivar algunas plantas de marihuana en los pocos meses de verano. Uno podría inventar la rutina del "jardineiro" dedicado a cuidar sus cogollos: sentarse en el pequeño corredor de la casa principal, prender un calillo armado con papel dulce, hojear tres páginas del libro de turno y luego ponerlo sobre la rodilla, levantar la cabeza y dejar que la traba bucólica haga el resto. Pero algo despertó las sospechas de la policía noruega: la molición del agricultor, su carro algo destartado o los chistes de los soldados que tenían una base cerca y que seguro probaron el humo del vecino. En todas las latitudes los reclutas son burros irredimibles. El caso es que el agricultor —ya quedan pocos en Noruega— fue a parar a la cárcel. No sabemos ni su nombre ni su condena. Sólo nos queda soñar con que el porro que metió en problemas a Amy Winehouse, en su visita a Oslo en 2007, creció en ese ambiente ideal para resinas verdes y cultivadores ensoñados.

Desde abril pasado la granja fue alquilada por un joven cazador. La historia de la marihuana ya estaba olvidada en una vieja anotación policial. El nuevo inquilino, a quien llamaremos Behring, pensaba en un proyecto de agricultura en

grande. Al menos eso parecía, por la compra de seis toneladas de nitrato de amonio para nutrir sus tubérculos. El cambio no pudo ser más drástico: de los moños dorados y el verde oscuro se pasó a la sangrienta remolacha. Los militares rondaban la granja de Behring sin mayor interés. El hombre tenía ropas y modales impecables: "Es más amable que el promedio de los noruegos", comentaban los meseros turcos que lo atendían en Milano, su restaurante preferido en Rena.

Tres meses después de alquilar la granja blanca, cuando las remolachas son todavía unos rábanos, Behring hizo estallar una bomba frente al principal edificio del gobierno noruego. La policía había mirado algunos de sus desvarios en Internet, pero no los consideró graves en un joven emprendedor que tenía una empresa de agricultura ecológica. Luego del estallido, el cazador salió con su rifle hacia la isla de Utoya y contó más de 70 víctimas entre los jóvenes de un campamento del partido socialista.

Sería interesante que la policía noruega cambiara un poco el perfil de riesgo de sus agricultores. Tubérculos rojos: nivel 1; moños verdes y dorados: nivel 5. Por sus frutos los conoceréis. ©

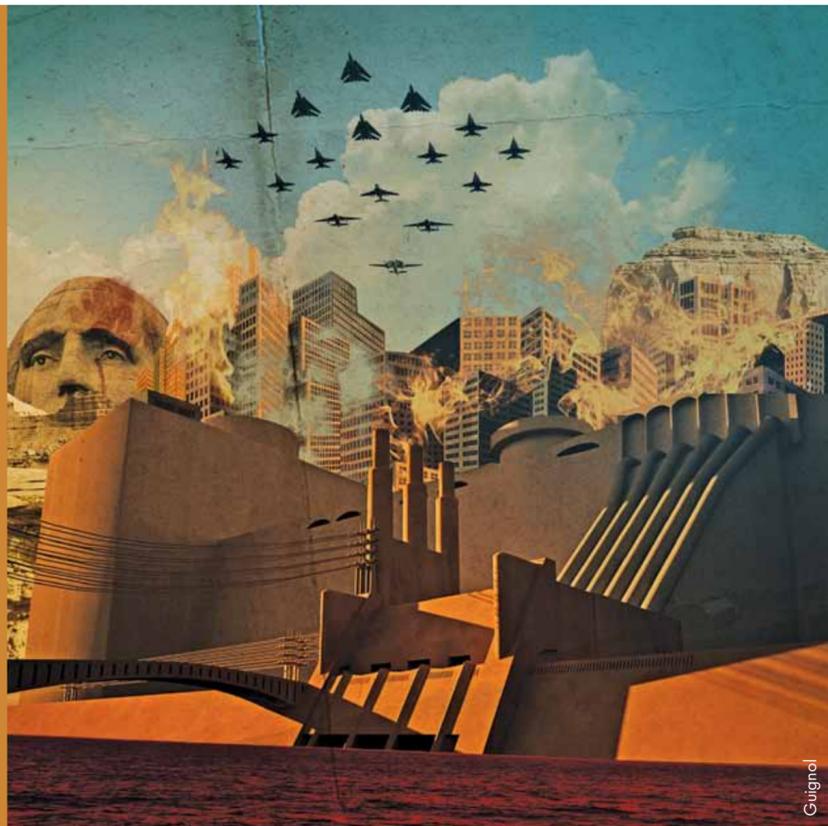
PATROCINA:



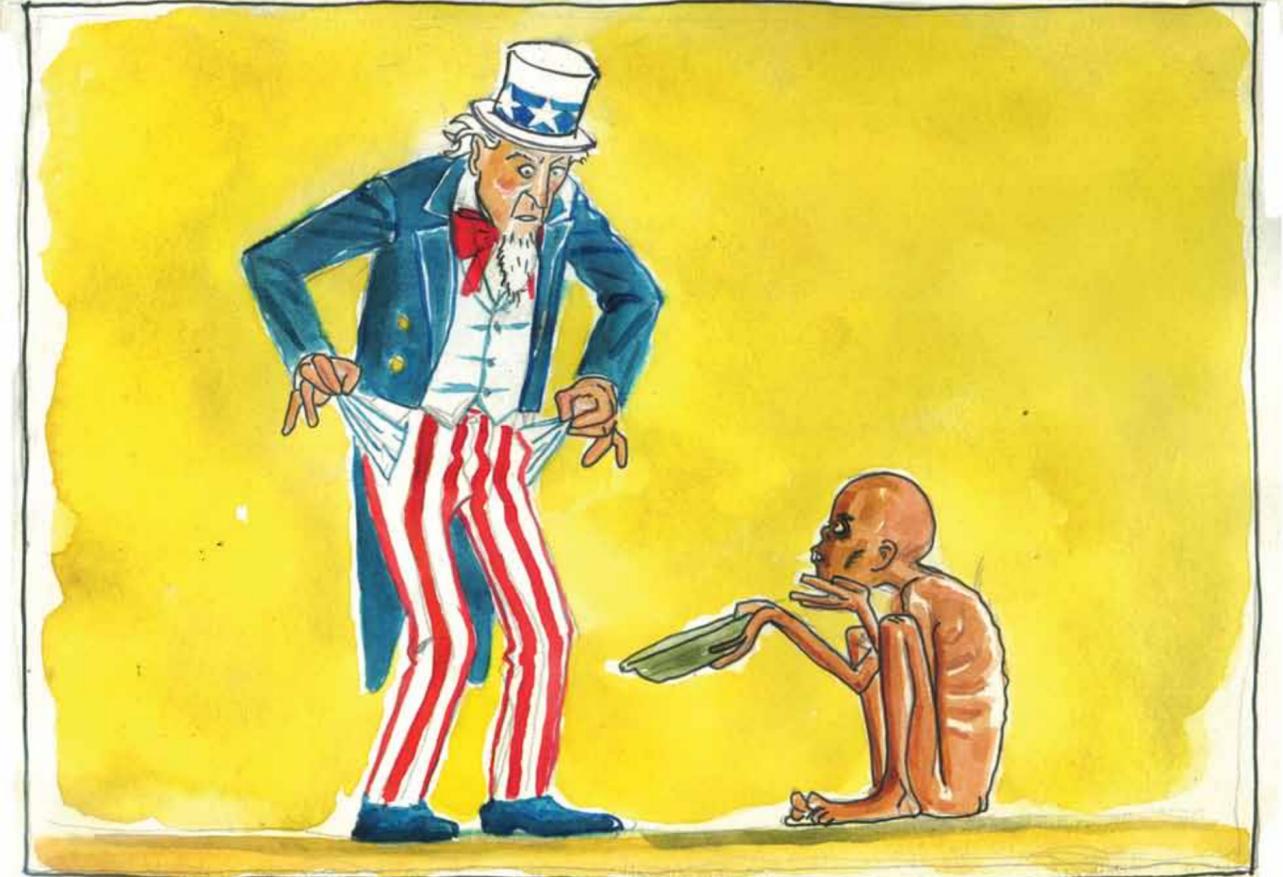
A. Monterroso por E. Obregón

5.

Cuando despertó, el Hombre todavía estaba allí. El Dinosaurio no pudo reprimir una rugosa lágrima, ya sabía lo que le esperaba.



Guignol



andrea katic kurk fisioterapeuta

Clinica Medellín El Poblado calle 7 n° 39 - 290 cons. 1301 tel. 352 47 35 cel. 310 413 73 15 andreakatic@une.net.co

Impresos TELETRONIC TODO EN ARTES GRÁFICAS
239 82 95 217 30 60 Calle 51 No. 43 - 5 (La Playa con Girardot)
Fax: 216 64 61 impresosteletronic@yahoo.es Medellín - Colombia

NUESTROS SERVICIOS

- Editorial - Publicidad
- Encuadernación - Sellos
- Diseño Gráfico - Tarjetería
- Formas continuas - Souvenir
- Papelería Comercial y de Oficina

**Siente...
tu Área**

**Porque el clima
dejará de ser un misterio...**

clima

Medellín - Área Metropolitana del Valle de Aburrá



tele**medellín**
aquí te ves



Alcaldía de Medellín

Área
METROPOLITANA
Valle de Aburrá